

## EL TRIUNFO

Ha sido grande, porque hemos luchado contra todo lo que aquí se creía invencible: Iglesia, clases conservadoras, carlistas...

Influencia, dinero, todo lo tenían. Y en cada convento un fuerte, y en cada iglesia un club, y en cada beato un propagandista, y en cada beata una serpiente tentadora. Y los obispos dictaban circulares recomendando sus candidatos; y los esbirros de la pluma escribían hojas difamatorias... ¿Qué más? Hasta los frailes facilitaban recursos pecuniarios. ¡El colmo de lo inconcebible! ¿Si tendrían interés en triunfar?

Y, sin embargo, han sido derrotados por completo en las poblaciones más ilustradas; las que verdaderamente representan el espíritu nacional... Y en muchísimas otras no han podido impedir que la democracia y la libertad estén dignamente representadas en los municipios.

Pero lo que ha sido verdaderamente vergonzoso para ellos, es lo de Madrid... ¡Ni un sólo candidato han sacado a flote! ¡Hermoso, brutalmente hermoso!

Aunque lo más importante de estas elecciones, no es haber sacado mayor ó menor número de candidatos triunfantes, no; lo más importante es que el pueblo ha podido comprobar lo inmenso de su fuerza, y la utilizará siempre que se presente la ocasión.

Y esto aumentará su esperanza, duplicará sus bríos y le permitirá exclamar, no con la vana jactancia del liliputiense puesto en zancos, sino con la varonil confianza del gigante poderoso:

¡Yo, soy yo!

## Significación del triunfo

La derrota de las derechas en las pasadas elecciones ha sido la redención moral de España. De haber triunfado, hubiéramos merecido que Europa nos barriese.

Esa derrota, sobre todo en Madrid, significa esto que dice elocuentemente *El País*:

«¿Qué ha triunfado en Madrid? La libertad, la democracia; los que pusieron la turba en la charca, que dijo un chacharero insustancial.

«¿Quiénes han sido vencidos con humillación, con vilipendio, con escarnio, hasta con ridículo? Todas esas fuerzas que á sí mismas se llaman honradas, conservadoras, sustentáculo del altar, del trono, de la propiedad.

Han quedado ayer vencidos, corridos como monas, manteados como Sanchos, burados como maridillos necios, los carlistas, los clericales, los jesuitas, los barbilindos de la Defensa Social, los agustinos, las señoras que suscribieron en el palacio de Portugal aquellas protestas contra la ley Dávila, el A B C con sus telegramas mundiales y sus protestas patrióticas, los explotadores de los hechos vandálicos de Barcelona, por ellos provocados, los exhibidores del «bu» de la anarquía, los que llamaron «apaches» y farsantes á la intelectualidad europea, la buena prensa, la plutocracia de Domillas, la comunidad exgobernante; Cierva, el bufón, y Maura; sobre todo Maura, el necio, el vano, el imprudente retador del discurso del Senado.

«No contaba con la opinión? ¿Pues dónde se oculta esa opinión conservadora? Y ahora no vale decir que la clase neutra no vota, pues con el roncal de la ley la ha llevado el mismo Maura á los comicios.»

Si, sí; todo eso significa nuestro triunfo. Y esto además: el magullamiento de cuantos reptiles bullían en el charco infecto del clericalismo; reptiles que debemos aplastar del odio en las próximas elecciones de diputados á Cortes, para que comience la verdadera regeneración del pueblo español. Hay que acabar de una vez con esos que aspiran á convertir á España en una sacristía inmensa, donde el más hipócrita resulte el más virtuoso, el más charlatán el más sabio, el más provocador el más valiente, y el más ladrón el más honrado... Venciéndolos en la batalla próxima, no volverán á levantar cabeza los falsificadores de la moralidad, los imitadores de la libertad, los profanadores de la honra nacional.

Y los venceremos, sin duda alguna: la victoria llama á la victoria. Creamos firmemente que la obtendremos, y el éxito coronará nuestro esfuerzo.

¡Llor entretanto á quienes han luchado valerosamente en estas elecciones para resu-

citar los bríos amortiguados del Pueblo español, y decirle:

¡Levántate y anda!

## Alcance del triunfo

Poblaciones donde las izquierdas han triunfado por completo, según los datos recibidos al cerrar este número:

Alicante, Arcos de la Frontera, Barcelona, Bilbao, Béjar, Borjas, Coruña, Castellón, Cartagena, Ferrol, Irún, León, Madrid, Málaga, Mataró, Miranda, Oviedo, Pueblo Nuevo, San Sebastián, Santander, Tarragona, Tarazona, Trebujena, Valencia, Vendrell, Valdepeñas, Zaragoza y otras varias.

El número de poblaciones donde la Concentración ha llevado concejales sin alcanzar el triunfo por completo, es muy grande.

En resumen: que el clericalismo ha sufrido un golpe terrible, y que nuestra consigna debe seguir siendo ésta:

¡Libertad y á ellos!

## ¡Equidad!... ¡Justicia!...

Dice Cristóbal de Castro en *El Liberal*:

«Los Sres. Maura y La Cierva siguen usando cada cual las mismas parejas de policía que antes.

Pero no las pagan ni un real. Las paga el Gobierno.

Así decían el día de la crisis:—«¡Ya nos las pagará el Gobierno!»

De manera que cada uno de esos señores le cuesta próximamente al país 120.000 pesetas al año, amén de las cesantías que cobran. Y fijo esa cantidad, por saber que cuando gobernaban tenía cada uno sesenta policías á su servicio para los tres turnos, entre ellos varios ciclistas.

Por cierto que no me explico cómo aquellos bravucones que escupían constantemente por el colmillo, aquellos fieros retadores de la opinión española, y aun de la europea, consienten hoy que sus enemigos los humillen concediéndoles, cual si se tratase de tímidas doncellas ó afeminados luises, la limosna de una protección policiaca; yo, en su puesto, lo hubiera tomado por ofensa sonrojadora. Por otra parte ¿qué es lo que temen? Los que tienen la conciencia tranquila porque obraron en justicia, jamás reciben atropellos de la sinrazón.

Pero vamos al asunto.

Y el asunto es, que protesto contra ese despilfarro escandaloso, que envuelve además una desconsideración inusitada conmigo. ¡Maura y La Cierva tantos, y yo tan pocos! ¡Ellos á sesenta policías por barba, y yo con cuatro solamente! Uno que vigila mi egregia persona de siete de la mañana á tres de la tarde; dos desde esta hora hasta las once de la noche, y otro desde las once hasta las siete del siguiente día. Esto me rebaja, esto me deprime, y si no se le pone pronto remedio, me verá obligado á renunciar á esa mi guardia, que me sirve á la vez de escolta cuando me traslado á la imprenta de mi querido amigo Domingo Blanco. Para poca salud, ninguna.

Comprendo que entre los señores aludidos y yo hay alguna distancia: la que media entre un periodista y un ministro, que no es mucha en ciertos casos; pero no me avengo á reconocer que haya cincuenta y seis policías de diferencia entre ellos y yo. Y como yo tengo mi amor propio también, ruego al Sr. Méndez Alanís, jefe superior de la Policía, que destine siquiera veintinueve á mi guarda y custodia, siete para cada turno, aunque esto indique que yo valgo dos terceras partes menos que el Sr. La Cierva, cosa que no habrá quien crea.

Y al complacerme, no sólo ganará fama de justo, sino que impedirá acaso una catástrofe. El despecho impulsa á veces al hombre más prudente hacia las fronteras de la locura, y quién sabe si, arrastrado por él, pudiese darme un día, ¡el Señor no lo quiere!, por entenderme con los *apaches intelectuales* de Europa, calificados de terroristas por los conservadores, para ver si entre todos inventáramos una bomba de fuerza tan potente, que pudiéramos con ella volar en un día á todos los honrados representantes del orden, la religión, la propiedad y la familia en España, bomba que tal vez me tocara colocar, y...

¡Horror me causa pensarlo! ¡Frio de muerte corre por mis venas ante esa idea macabra! Y

para ahuyentarla de mi cerebro, vuelvo á suplicar al Sr. Alanís que me proporcione inmediatamente esos veintinueve policías... ¡Con ellos seguramente estoy salvado! ¡Con los cuatro, irremisiblemente perdido! De lo que depende á veces la salvación de un hombre, la vida de una nación, el porvenir de la humanidad!

¡Ah! Se me olvidaba. Si pudiera ser, sin menoscabo de otros servicios, que entre esos veintinueve figurasen dos ciclistas, mi agradecimiento no tendría límites. ¡Poca importancia que me daría yo llevando uno á cada lado, yendo yo á pie!

## Política de los jesuitas

Quiénes son los jesuitas en política, según el General de los agustinos.

Este retrato está sacado de la carta del padre Vázquez á Roda, fechada en Roma á 21 Noviembre 1771. (M. S. de la Biblioteca del Instituto de San Isidro.)

«Es cierto que forma una congregación de hombres esta sociedad (*de jesuitas*) que ha hecho principal instrumento de su política la ficción, la mentira, y demás artificios perversos que han inventado los hombres más malvados.»

Los jesuitas en la política española.

El General agustino P. Vázquez (carta 71, tomo III) denuncia á Manuel de Roda que los jesuitas transportaron del continente su dinero á Inglaterra para costear la guerra contra España.

Cretineau-Joly, en su historia de la Compañía de Jesús, corregida por el General jesuita, tomo VII, cap. I, dice:

«Habiase roto ya en España la guerra de sucesión, y la Francia por un lado y la Alemania é Inglaterra por otro, se disputaban el trono de la península. Los jesuitas habían tomado partido por el nieto de Luis XIV, y ansiaban como aquel gran rey que no hubieran más Pirineos.»

Los jesuitas y el Ejército. Traición regular de los jesuitas.

Este informe es de un periódico intitulado *Bloc*, con la firma del judío Reinach, confirmado por Mr. Clemenceau en *Le Figaro* en uno de sus números de Febrero de 1901.

Relata una conferencia entre Reinach y el P. du Lac, jesuita harto célebre:

«El jesuita explicó que en lo más crudo del proceso Dreyfus, el General Boisdeffre se había echado á los pies del Padre, diciéndole: «Padre mío: bendígame como á un soldado que marcha al cuadro del fusilamiento»; añadiendo el jesuita, que mientras el general estuvo al frente del Estado Mayor del Ejército francés, iba á visitar todos los días al Padre, enterándole minuciosamente y de un modo especial del plan de movilización número 13.»

La Instrucción política secreta dada á los provinciales por el P. General Anderledy y que se lee anualmente á los Padres, prohíbe admitir pláticas sobre política «sin haber consultado antes con los prudentes del Instituto»; y todos están obligados á enterar al General.

## La caridad en la Iglesia

La manera más eficaz de combatir á la Iglesia, es publicar lo que han escrito curas, frailes, obispos y Papas, y han acordado los Concilios. En esos escritos y en esos acuerdos se revelan su espíritu y su esencia, se descubre lo embrutecedor de sus doctrinas y se evidencian sus torpes y egoístas propósitos.

Hoy he tropezado con el libro *Apostolado Seglar*, ó *Manual del Propagandista católico*, y voy á comentar algunos de sus párrafos, comenzando por estos de la página 100.

«Caridad es virtud sobrenatural que nos inclina á amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios. Esta definición nos dice que caridad es amor.»

«De consiguiente, si para lograr el fin último de la verdadera caridad, que consiste en el servicio verdadero de Dios y en el provecho verdadero de mis hermanos, conviene que me muestre duro con ellos, esta dureza es caridad; si conviene para atterrarlos la acrada inyectiva de que tantos ejemplos nos han dejado los Santos Padres, esta acrada inyecti-

va, es caridad; si conviene la sátira mordaz que despelje como un asole, sátira á latigazos que tantas veces emplearon estos mismos Santos Padres, esta sátira que cruje y despelje como un látigo es caridad. Si conviene revelar flaquezas, es caridad revelarlas; si conviene sacar á la vergüenza ocultas fechorías, es caridad hacer enmudecer al hereje con ellas; si conviene herir y derribar altivas reputaciones, es caridad revolverlas en el polvo; si conviene lastimar honras é intereses, es caridad no respetar honras ni intereses.

«Dura parece esta doctrina, pero aparte de que hace mil novecientos años que la enseña y practica el catolicismo, aun en lo humano no se la encuentra sino muy lícita y natural. Honroso es en buena guerra hacer todo el daño posible al enemigo, y por todos los medios posibles destruirle ó por lo menos imposibilitarle; y se hace esto con mucha honra y sin falta alguna de la conciencia. Así cuando lo exige una guerra justa se talan los campos, se incendian las casas, se arrebatán los bienes. Y el brazo que hieri y que tales destrozos causa puede muy bien ser el brazo de un hombre de gran caridad puede ser el de un santo como San Fernando de Castilla, ó como San Luis de Francia ó como San Esteban de Hungría, ó como San Canuto de Dinamarca, ó como San Eduardo de Inglaterra, ó como otros ciento y mil que guerreros fueron, y blandiendo espadas y acaudillando ejércitos se ganaron la corona celestial.»

En la página 108, dice también el presbítero:

«No, no. Lucha es la nuestra y lucha de buena ley. Sed, pues, en ella fieros como leones, astutos como raposas, incansables en vuestro generoso ladrado como perros que olfatean el lobo en torno del combatido redil. Desconfiad de quien en medio de ese rudo pelear, que no es más que el *bonum certamen fidei* de todos los siglos, os aconseje temperamentos y transacciones, os recomiende consideración y respeto al enemigo. Al rendido que se pase á nuestra bandera dadle estrecho abrazo de hermano, que éste de veras lo es: mas al que contra vuestra santa fe se mantenga hostil y embravecido, guerra sin descanso, guerra sin cuartel. Esta es la práctica más alta y ennoblecida de la teológica virtud de la caridad. Así pelearon los santos y así vencieron. Así se luchó desde los Apóstoles hasta hoy en el Catolicismo. No queremos aprender nueva estrategia...»

Y añade en la página 118:

«¡Ah! Bien sabe Dios cómo quisiéramos al Propagandista de la verdad. Intolerante como ella misma. Si, no olviden esta prevención nuestros amigos. Sin aceptar ni de lejos la falsa caridad moderna, procuren sin embargo, hacerse cuan amables, cuan simpáticos puedan á sus propios adversarios. Poned cuanto podáis rostro alegre á todo el mundo, que nada hay que desacredite tan pronto una causa como el ceño y malhumor habituales de quien la predica ó defiende. Si os encontráis en una calle con un amigo y con un adversario, sea para éste vuestro más pronto y afectuoso saludo, porque al otro le tenéis ganado ya, y á éste le habéis aín de ganar.»

Y dice en la 120:

«Haced favores á cuantos podáis, pero tened á gran diéha poder hacerlos á quien disienta de vuestras ideas. ¡Oh que seguro camino es para apoderarse de todo hombre el hacerle esclavo de un beneficio!

«Amad del hombre á quien queráis ganar para Dios, no sólo su persona, sino todas las cosas que le son más allegadas. Hablad bien de su profesión, enteraos con placer de su familia, acariciad á sus niños. ¡Oh! los niños, ¡qué admirables auxiliares!

De manera que, según esa doctrina, que es la que la Iglesia *práctica*, aunque á veces predique la contraria, *mentir, injuriar, calumniar y matar* son acciones virtuosas y recomendables, siempre que se lleve la intención de salvar el alma de las víctimas. Por lo tanto, guárdense en adelante las víctimas de curas y frailes de quejarse ni protestar contra ellos; antes bien caigan de rodillas á sus plantas, en agradecimiento al interés que en su salvación se toman.

Admito la teoría, para que se vea si soy tolerante con las opiniones que no profeso. Y como siempre procuro que haya en lo que pienso, digo y ejecuto cierta lógica, la lógica va á obligarme desde hoy á disculpar todo lo que se haga contra frailes, curas, monjas y beatos y beatas adyacentes, siempre que se lleve la idea de anticiparles el goce de las celestiales venturas, ya que de su salvación no hay que ocuparse, pues la tienen harta ganada con la práctica constante de aquellas egregias virtudes.



Mas volviendo al tema, diré que esa teoría católica me regocija y encanta, pues, aceptándola, forzoso será á todos reconocer, que ningún mortal ha estado durante los treinta años últimos dentro del espíritu de la Iglesia como yo, por haber usado contra ella y sus ministros la *investiva acerada, la sátira mordaz, revelado sus flaquezas, y sacado á la vergüenza sus ocultas fechorías, herido y derribado altivas reputaciones, revolcándolas en el polvo, y lastimado honras é intereses*, según me han echado á menudo en cara obispos, curas, frailes y publicistas católicos.

Y siendo eso precisamente lo que debe hacerse, y habiéndolo hecho yo, como he repetido mil veces, por traer al buen camino á frailes y curas, es decir, *por salvarlos*, ¿qué seglar ni qué clérigo será en adelante tan menguado que se permita tomar mi nombre en boca sino para enaltecerlo, bendecirlo y glorificarlo? ¿O es que va á negarse el derecho de interesarme por la salvación de las almas de curas y frailes, habiendo tantos que de buena gana me conducirían á la hoguera por facilitarme la mía?

Se me dirá tal vez que yo no me dediqué á practicar esas virtudes católicas de *difamar, injuriar y calumniar*, con el único y exclusivo fin de salvar las almas de tonsurados y acerrillados, sino con el de ponerlos en ridículo, para quitarles así autoridad y fuerza; y que, por lo tanto, no tengo derecho á salvarme; á lo cual contesto, que no lo hice por ignorar entonces que reventando al prójimo se gana el cielo.

Seguiré comentando en los numeros sucesivos otros párrafos del libro de ese buen presbítero, que me ha hecho concebir la consoladora é inefable esperanza de salvarme; y, entretanto, aconsejo á mis lectores que injurien, calumnien y perjudiquen á curas y frailes; pero siempre con la noble intención de salvar sus almas, como yo lo haré desde hoy; así podremos vernos juntos en el Empíreo, y podrán saborear las *flores celestiales* que publicaré en El Motin que funde allá, para difamar, injuriar y calumniar santos y santos. Sirviendo la difamación, la injuria y la calumnia para subir desde la tierra al cielo ¿por qué no he de servir allí para alcanzar puestos de preferencia hasta llegar al quinto cielo de San Pablo ó á la morada duodécima de Santa Teresa?

JOSÉ NAKENS

## Enfermedad de la piedra en las Ordenes Religiosas

El desarrollo tan grande y rápido, como silencioso, que va tomando en España, de algunos años á la fecha, el trabajo de edificaciones y reparaciones de innumerables conventos, oratorios, hospitales, asilos, colegios y muchos más establecimientos de las corporaciones religiosas de ambos sexos, que han invadido, como langosta, á este desgraciado pueblo, es digno de ocupar la atención de los hombres pensadores, en relación con las enseñanzas de la historia y los postulados de la razón.

No es sólo un fenómeno histórico lo que en ese desarrollo debemos notar; hay también un aspecto psicológico muy interesante en este hecho complejo, en el que invierten muchos millones de pesetas asociaciones de hombres y de mujeres que hacen votos individuales y colectivos de pobreza y de continencia.

El fenómeno psicológico ha hecho decir á amigos nuestros de otros países pensamientos adecuados, publicándose observaciones muy atinadas, con las cuales estamos conformes, y cuya sustancia es la siguiente:

Si nos fijamos en las órdenes y asociaciones femeninas, descubriremos un contraste muy curioso, é irritante á la vez. Modestas mujeres y señoras de alta posición social, que hubiesen podido tener un estado feliz en el mundo, renuncian á todos los placeres de la vida, se consagran al servicio de un Dios y de los desgraciados, atraviesan algunas veces una existencia ruda y penosa, no tienen derecho de propiedad ni sobre el crucifijo que pende de su cintura, y meditan continuamente sobre su divino esposo Jesús, el pobre por excelencia.

Pues estas piadosas madres, llenas de abnegación en ciertas circunstancias, entienden como cosa muy natural y ordenada la costumbre de despedir ó de arrojar á la calle, á la miseria, al porvenir de hambre y deshonra, á pobres niñas que de diez ó veinte años, por ejemplo, han trabajado en las casas religiosas de refugio, porque cumplen edades no admisibles, ó porque falta dinero para seguir la obra humana. Es decir, que las beatas mujeres que guardan y acumulan bienes para edificar grandes y sólidos esta-

blecimientos y casas, colocadas entre las piedras inertes y las criaturas humanas, *se deciden por las piedras*..., porque sienten la necesidad de pasar á la posteridad y sostener la institución y su grandeza material. ¿Qué contradicciones tan hondas y perjudiciales!

Los hechos de esa clase son muchos, y nos revelan una enfermedad que se convertirá en cáncer para las Ordenes religiosas, las cuales no son, en verdad, altruistas; trabajan por bienes anímicos supuestos y acaparan los bienes positivos en provecho propio; hacen infecundas las abnegaciones é inutilizan cuantiosos recursos que, bien empleados, socorrerían muchas desgracias y abrirían obras de utilidad, y siguen entregadas al mal de la piedra. Ordenes é instituciones religiosas edifican mucho, y, por tal razón, no son edificantes.

Como quiera que el instinto de la propiedad es tan poderoso, y se halla tan profundamente arraigado en el sentimiento, que no se puede destruir, y en los religiosos se inmoló ese instinto en su forma individual, claro es que resurge dominante bajo la forma colectiva, con el incentivo del fanatismo religioso, y se manifiesta en varios aspectos, siendo el principal ese amor exclusivo, apasionado y hasta feroz á las grandes construcciones, á los edificios suntuosos y sólidos, pertenecientes á las comunidades é institutos.

Invocad la caridad de esos religiosos, hombres y mujeres, que disponen de bienes cuantiosos, y de recursos acumulados; veréis que preparan los medios para dar una sopa al pobre y un abrigo al desvalido, y les oíréis decir que sienten no poder hacer más, porque tienen muchos gastos y hay muchas obras que construir...

JOSÉ FERRÁNDEZ

## Estos y aquellos

Confieso con toda franqueza, que la cuestión promovida en Inglaterra por el *bill* pedido á la Cámara por Lloyd George, y el triunfo de la política de este excelentísimo hacendista, me interesa mucho más que muchas de las cuestiones de política menuda que agitan á la sazón á varios de los prohombres del republicanismo español. Mírense en ese espejo los que amantes del proletariado se llaman, y aprovechen la lección que de un ministro de la monarquía les llega.

«Cuando Dios quiere, con todos los aires llueven», dicen los creyentes en un popularísimo adagio. Cuando los gobernantes están poseídos de un verdadero espíritu de equidad, cuando miran más á la humanidad y á la patria que á la clase y al régimen, en todas partes surgen reformas que reparten justicia...

Y á propósito: vosotros, que seguramente habéis leído la petición de los obispos españoles, dirigida al presidente del Consejo de Ministros para que clausure las escuelas laicas y mantenga clausuradas las que á la fecha lo están, si habéis pasado la vista después por los párrafos que más abajo copio, seguramente os habrá llamado la atención el proceder distinto de unos y otros prelados. Estos, los españoles, con la intranquilidad en ellos tan peculiar, artera, solapadamente, con su desatentado escrito pretenden crear obstáculos al gobierno, al mismo tiempo que arriman el ascua á su sardina.

Con la suspensión de escuelas laicas, racionalistas y neutras—que no conseguirán por mucho que se esfuerzan,—el pueblo perdería la más sana fuente de cultura, el pedagogo á la moderna su pan, y todos la esperanza de un próximo resurgir de la vida y de la luz, hoy ahogadas por la mógica atmósfera en este desdichado país de místicos sin fe y políticos sin ideales...

Pero mi propósito al comenzar no era revolver los detritus que dentro tenemos, sino, por el contrario, recrearme con la luz que de fuera viene.

Todo es consolador en este asunto: la entereza del ministro, los anhelos de la Cámara, las palabras del jerarca supremo, y, por remate, la actitud del alto clero que en pro de la concordia trabaja. Su espíritu de amplia tolerancia se interpuso ante los lores, y sus palabras viriles y piadosas, ajustadas al texto del Evangelio conforme á la interpretación que las diera el más escrupuloso exégeta, caen en los oídos del proletariado como la lluvia benéfica en el agostado sembrado. Oid lo que dicen:

El más alto representante de la Iglesia anglicana, el arzobispo de Cantorbery, ha declarado en plena Cámara señorial que no se opondrá á una reforma de la cual saldrán beneficiados los humildes.

Y el obispo de Heresford, después de censurar á cuantos sueñan con un protec-

cionismo que encarecería la triste vida de los pobres, añadió:

«No es tolerable que ahora ni en lo porvenir puedan las clases privilegiadas comprometer las libertades constitucionales y desencadenar el espíritu revolucionario entre las muchedumbres. El presupuesto, bueno como obra financiera y económica, es mejor por lo mucho que habrá de contribuir á aliviar la situación del pueblo. He visto la miseria horrible de 1840, y me opondré con todas mis fuerzas á que los egoístas renueven aquellos días de penuria...»

«Os enteraréis, egoístas de todos los países? El presupuesto, bueno como obra financiera y económica, es mejor por lo mucho que habrá de contribuir á aliviar la situación del pueblo.»

Y evocando una visión truculenta que perdura indeleble en su espíritu, añade el anciano prelado: «He visto la miseria horrible de 1840, y me opondré con todas mis fuerzas á que los egoístas renueven aquellos días de penuria...»

Si nosotros fuésemos capaces de entusiasmarlos con alguna religión positiva, es seguro que desde hoy la reforma contaría con algunos adeptos más; pero no; esas palabras de justicia—mejor de equidad—no las ha pronunciado el prelado por ser tal, sino por ser hombre de su tiempo, nada intransigente y sí bondadoso.

Los católicos que por aquí usamos guardaránse muy mucho de hacer semejantes declaraciones, porque entonces los ricos se irritarían, y si los ricos se irritaban, se quedaban los pobrecitos sin lo más lucido de su parroquia. Por esto mismo tienen tan especial cuidado de no dejar leer á sus borregos la Biblia sin notas ni las máximas de santos como San Jerónimo, San Cipriano y otros que dedicaron á los potentados frases tan lapidarias como ésta: «Todo rico es ladrón ó hijo de ladrón.»

Los obispos anglicanos, sin ser tan groseros en la frase, acaso hagan con su voto más en beneficio de las clases desheredadas. ¡Hasta en educación os ganan, mis queridísimos católicos!

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo.

## PLATA MENESES

Ha estado expuesto en un escaparate de la Carrera de San Jerónimo un regalo que al obispo de Jaca dedican sus admiradores. Consiste el obsequio en una placa de plata repujada con soberbios atributos é inscripciones soberbias, sostenida por una cartela de peral tallado, todo soberbio.

Pensaba citar, como contraste, la muerte de cuatro hombres caídos en el arroyo, que fallecieron de inanición, y me he repuchado al considerar que el obsequio hecho á su ilustrísima es de plata Meneases. Vendido al peso valdrá bien poco.

Todo vale poco: los hombres, los obispos, los regalos; todo en esta católica nación es hoy de plata Meneases...

## Las cuarenta Ave-Marías

«Bendita sea la hora en que el Verbo divino, Jesús, tomó carne en las entrañas virginales de María y se hizo hombre.»

El mes de Diciembre trae aparejadas para las personas piadosas muchas y muy tiernas devociones: se celebra en él el nacimiento del hijo de Dios, fiesta capital del cristianismo, como la de la Resurrección.

Entre estas devociones descuella una que se llama de las *Cuarenta Ave-Marías*, que consiste en rezar todos los días cuarenta veces esta plegaria, intercalando exclamaciones de alegría y regocijo por haberse dignado Dios venir al mundo, en la persona de Jesús.

Pasaba por delante de un templo, y entré. Empezaba á anochecer; la concurrencia era numerosa y heterogénea, como decía aquel torero. Había allí señoras encopetadas, caballeros elegantes, frailes ventruados, clérigos de brillante papada, monjas de carillos saltones, jóvenes acicalados, señoritas melindrosas, obreros de aire resignado, mujeres harapientas y mendigos repugnantes.

Unos sentados, otros de rodillas, todos tenían la vista fija en el púlpito desde el cual un clérigo de voz gangosa dirigía el rezo. Se rezaba una Ave-María, y toda la concurrencia, cada vez que se terminaba, exclamaba unánime, fervorosa, conmovida, llena de santo regocijo:

«Bendita sea la hora en que Jesús tomó carne en tus entrañas y vino al mundo.»

Yo estaba asombrado: jamás había visto tanto fervor, tanta fe, tan acendrado afecto religioso. No pude menos de volverme hacia un anciano que estaba sentado á mi lado, cubierto con amplia capa negra, faz roja, cabellera encrespada, y mirar siniestro.

—Aun hay fe en Israel, hermano—le dije. El viejo me miró con ojos airados, y en

su boca se dibujó una mueca, un rictus horrible, que quería ser una sonrisa repleta de ironía, y me contestó:

—No diría usted eso, si su oído pudiera escuchar lo que habla el corazón de estos devotos.

—De modo, ¿que es ficticia esta su devoción?

—Al contrario, es la más sincera que practican.

—Pues no lo comprendo.

—Es muy sencillo. Aplíquese usted con disimulo este canutito á la oreja, y luego ya me dirá...

No sé por qué aquel hombre me infundía cierto temor; pero la curiosidad me venció, cogí el canuto que su mano descarnada me ofrecía y lo coloqué junto á mi oído...

«Bendita sea la hora, oh María, en que Jesús vino al mundo y tomó carne en tus entrañas.»

Porque si no, no existiría el papa, escudo y tapadera de todas nuestras bellaquerías, dominador de los pueblos y de las conciencias, señor de honras y haciendas, faro de donde nos viene toda nuestra influencia y poder, bandera bajo la cual tienen cabida todas nuestras concupiscencias y á cuya sombra subimos y medramos y...

«Bendita sea la hora, oh María, en que Jesús tomó carne en tus entrañas.»

Porque sin él no existirían, los obispos, nuestros padres y pastores, ejerciendo un apostolado con nómina de seis mil duros, palacio, coche, vestidos de seda, ricas joyas, acciones en el Banco, banquetes, adulaciones, besamanos, devorando los fondos de reserva, las capellanías, los legados píos, hundiendo en el polvo á sus enemigos y condenando á la miseria á los que les regatean una sonrisa ó les exponen una verdad amarga...

«Bendita sea la hora, oh María, en que Jesús tomó carne en tus entrañas.»

Porque si no hubiera sido así, no existirían estos templos suntuosos, ni habría parrocos con veinte mil duros de ingresos anuales, autoridad despótica, y un harem de confesadas y penitentes; ni canónigos con papada triple, acariaciados por amas rollizas ó efebos venustos, que dormitaban en el coro mientras hacían la digestión de un yantar suntuoso; ni capellanes acaparadores de misas y legados, seductores de viudas, proveedores de carne fresca para los gineceos claustrales, conspiradores contra la monarquía, perturbadores de los hogares católicos en los que engañan al marido, sonsacan á la esposa y se regodean con la hija...

«Bendita sea la hora, oh María, en que el verbo divino encarnó y vino al mundo.»

Porque si nuestro adorado Jesús no hubiera nacido, no existiríamos los frailes, ni habría conventos donde se nos viste, calza, y se nos da lecho y abrigo, todo esto acompañado con opíparo refectorio, bodega bien provista y despensa rebosante. Y además las herencias, y los donativos de fincas y dinero, los mimos de nuestras devotas, los respetos del rebaño piadoso, y el poder tener bajo nuestra sandalia á los políticos, á la aristocracia, á los curas, y á los laicos de todas las categorías y matices, siendo los administradores de toda España y el motor de toda la vida social y productiva... para nosotros.

«Bendita sea la hora, oh María, en que Jesús nació de tu seno.»

Porque si no, no se habría inventado eso de los conventos de monjas, y á estas horas estaríamos fregando escaleras ó limpiando retretes, mientras ahora, por llevar un hábito blanco, negro ó castaño y una vara de lienzo blanco en la cabeza, todo el mundo nos considera por esposas del Señor, nos adula, regala y mima, ponen los fusiles á nuestra defensa, y nos meten los dineros en casa sin pedirlos, mientras nos quedamos con los de los huérfanos, enfermos y desvalidos, que nos sirven de magnífico tapujo para comer pollos y gallinas á diario, vivir en casas espléndidas, y atesorar lo que se lucran las manos de los asilados que trabajan de sol á sol como negros, mientras nosotros cantamos las alabanzas divinas, jugueteamos con el capellán ó los enfermeros, y embriagamos á los confesores con el perfume de nuestra castidad, que nos suministra todos los delirios eróticos sin percañe, todas las locuras incitantes de Lesbos sin descrédito, y nos rescatamos de los horrores de la maternidad...

«Bendita sea la hora, oh María, en que Jesús vino al mundo.»

Porque sin él no existirían juntas de Beneficencia, ni habría cofradías, ni colegios católicos, y tendríamos que vivir las señoras devotas á salto de mata, mientras que ahora manejanos fondos que llenan nuestro guardarropa y surten nuestro tocador, quitamos y ponemos caciques, hacemos ministros, senadores, diputados y gobernadores, nuestros caprichos son órdenes y todo lo consiguen nuestras enaguas perfumadas...

«Bendita sea la hora en que Jesús, oh María, encarnó en tus entrañas.»

Porque sin esto no existiría el tipo del señor piadoso y católico, para el que están abiertas todas las puertas y come á dos carrillos con neos y liberales, habla de patria mientras la explota, y de virtud mientras ejerce de sátiro y de corruptor...

«Bendita sea la hora en que nacisteis, adorado Jesús.»

Porque si no hubiera habido hijas de María con ricas dotes, ni luises con voca-



ción á maridos consentidos, ni protecciones de damas viejas y lúbricas, ni auxilios de viudas alegres, ni Padres de la Compañía que llenaran los ministerios y las aulas de nulidades, ni prohombres que nos encasillaran, ni ayuntamiento ni diputación que nos hubiera abierto las puertas, ni embajada, ni comisión productiva donde el escupulario se antepusiera al talento...

Ni pobres asalariados cuyas cóleras, tristezas y reivindicaciones se calmaran con la promesa de un cielo y los gozos de la gloria...

Ni mujeres que tolerasen el calvario de una vida conyugal desgraciada en nombre de una moral cristiana...

Ni mendigos que recogiesen con protestas los mendrugos que le arroja con desdén el hartito mientras le llama hermano; ni...

No quise oír más. Separé el canuto de mi oreja y se lo entregué al viejo que me miraba burlonamente.

—¿Qué le parece á usted? ¿Es ó no sincera la devoción de esta gente?...

—Sincerísima: les brota del alma. Sin Jesús no serían nada de lo que son ni gozarían de todo lo que gozan. Son estómagos agradecidos que lamen la mano que se los llena. Unámonos á este concierto de agradecidos devotos y digamos con ellos:

«Bendita sea la hora, oh Jesús, en que viniste al mundo, para satisfacción de todos los apetitos, desahogo de todas las pasiones, medro de todos los canallas y calvario de todos los honrados.»

Y el siniestro viejo se alejó riendo.

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Diciembre, 1909.

## El pan

Es un artículo de primera necesidad.

100 kilogramos de trigo cuestan hoy día, como promedio, 28,50 pesetas y producen 80 kilos de harina panificable.

Con estos 80 kilogramos de harina se obtienen 102 kilogramos de pan.

Cuesta el moler esos 100 kilos de trigo 1,20 pesetas aproximadamente y después la panificación de las harinas resultantes, unas 12 pesetas.

Tenemos, pues, que los gastos hechos para conseguir 102 kilos de pan, son:

100 kilos de trigo . . . .	28,50 pesetas.
Gastos de molinería . . .	1,20 "
Id. de panificación. . . .	12,00 "

TOTAL . . . . . 41,70 pesetas.

Descontemos de esta cantidad 3,50 pesetas, valor de 20 kilogramos de salvados que resultaron en la molinera, y quedará reducida á 38,20 pesetas, lo que arroja un coste de treinta y siete céntimos y medio por kilo de pan.

Hemos prescindido de varios detalles que reducirían el precio y que son muy importantes, tales como adquisición del grano en época más oportuna que la presente; economía que se obtiene por la mezcla de harinas; mayor cantidad que se produce adicionando más agua; robo en el peso; y, en fin, varios fraudes que son bien conocidos y que no pocas veces sufre el público.

Cuesta el pan en Madrid 44 céntimos el kilo, existiendo por tanto una diferencia de seis céntimos y medio de lo que podría costar, después de remunerar á los que trabajan para producirlo: esto es, al agricultor, al molinero y al fabricante.

Representa ese sobreprecio un 14,7 por 100, cantidad que difícilmente puede ganar ninguno de los productores, y se la llevan toda una serie de intermediarios que son unos parásitos del pobre.

Se llaman comisionistas, acaparadores, expendedores y encargados de la reventa.

Si habláis con ellos, os demuestran que trabajan mucho y ganan poco, pues viven en número tan crecido, que se destrozan mutuamente en una competencia para todos perjudicial. Después de oírlos, es fácil que sintáis compasión por su trabajo rudo y mal remunerado.

Pero si meditáis un poco, bien pronto comprenderéis que el trabajo de esos intermediarios es superfluo y perjudicial, y que por lo tanto no merecen compasión alguna y deben ser destruidos.

Puede un hombre por dos pesetas dedicarse á quemar montes, y aunque la faena esté muy mal retribuida, no dejará de ser un hecho brutal y que merece ser glorificado con unos cuantos años de presidio.

El intermediario vivirá mejor ó peor y trabajará sin descanso, pero nada produce y en cambio encarece la vida.

No siempre podrá prescindirse de su gestión, pero en un artículo como el pan, merece darse la batalla y luchar con valentía.

¿Será tan difícil poner en relación al agricultor, al molinero, al panificador y al consumidor, y enseñarles el valor de la ayuda mutua?

Algo se intenta al efecto y debe merecer especial atención á esos cuatro factores que intervienen en el negocio de un modo principal y que llevan haciendo el papel de *primos* durante siglos enteros.

J. ARAGÓN

## CALENDARIO DEL OBRERO

POR

JOSÉ MORATO

En el número 38 correspondiente al 25 de Noviembre publiqué su interesante Sumario. Voy en éste á reproducir, como muestra de la parte literaria, los siguientes sonetos, de los varios que inserta:

### Lo primero... es lo primero

—Yo prefiero los huevos escalfados.  
—Yo, al plato.—Yo, en tortilla á la francesa.  
—Yo, duros y con salsa mayonesa.  
—Yo, pasados por agua.—Yo, estrellados.  
Así se pierde el tiempo en altercados que perjudican la común empresa, y vemos, aunque puesta está la mesa, que no hay huevos que puedan ser guisados.  
Republicanos firmes y leales, que vivis apartados ó indecisos por viejos guisos ó por guisos nuevos, esas disputas son perjudiciales... Lo que menos importa son los guisos; lo primero de todo son los huevos.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

### EL CONVENTO

Recinto austero de paredes viejas era el Convento en tiempos penitentes; hoy es hotel de muros relucientes, lindo palacio de doradas rejías.  
Dieron ayer las monacales tejas cómodo abrigo á peregrinas gentes... Nuestros monjes, en celdas diferentes, hoy á la vez son zánganos y abejas.  
Hoy tan sólo rezar es disparate; la industria hay que ejercer con santo celo. Hoy el Convento no es para el orate... Hoy es mansión donde con puro anhelo se salva el alma haciendo chocolate, y vendiendo licor se gana el cielo.

LUIS DE TAPI

### EL TALLER

En él pasé la juventud florida, y jamás su recuerdo di al olvido. De él hablo con orgullo, convencido de que es lo más honroso de mi vida. Aquella blusa azul por mi vestida es diploma al trabajo concedido.  
¡Nadie me lo otorgó! Mi esfuerzo ha sido quien dió el premio á mi mano encallecida. No he de cambiarte, no, blusa adorada, por el que muchos llaman finajudo timbre de la nobleza acrisolada, porque en mi pobre ajuar eres escudo de la mayor nobleza, conquistada en el taller con el trabajo rudo.

EL BARQUERO

### LA CÁRCEL

Tan por completo cámbiase la vida del que entra en ella con la frente alzada, que hasta el hombre de fibra bien templada experimenta horrible sacudida.  
Luego, una vez la calma establecida, estudia aquella gente desgraciada, y aun juzgándola vil y degradada, el contraste es más rudo á la salida.  
Y exclama al verse fuera:—¡Cuánto tuno! ¡Cuánto ladrón de fama y de dinero! ¡Cuánto bandido arriba encaramado!—  
Mas no pide que prendan á ninguno: ¡pudieran infestar el Púdridero! ¡pudieran pervertir á algún malvado!

JOSÉ NAKENS

El Calendario se pondrá á la venta esta semana.

Como el anterior, este Calendario costará 15 céntimos, y 1,20 pesetas los doce ejemplares, debiéndose hacer los pedidos á nombre de J. J. Morato, Divino Pastor, 15, 1.º, ó á esta Administración.

## Desde San Sebastián

Inserto con mucho gusto esta carta que se me ha enviado:

Sr. D. José Nakens.

Distinguido amigo y veterano correligionario: Un amigo cariñoso me hace notar que en el último número de EL MOTIN incurrió usted en el error de consignar, refiriéndose al vandálico acto realizado por el ban-

dido cura Santa Cruz en Enderlaza, que sólo existe una inscripción trazada por un modesto carabinero, para recordar aquella horrorosa hecatombe.

Afortunadamente no es así, amigo Nakens. No puedo precisar la fecha por el momento; pero hará tres años próximamente que el valiente semanario de mi buen amigo Lacort, *El Porvenir Navarro*, abrió en sus columnas una suscripción para erigir un modesto monumento que recuerde á la posteridad uno de los crímenes más sangrientos del fatídico partido carlista.

Tampoco recuerdo la suma que arrojó la suscripción, á la que también contribuimos con nuestro modesto óbolo los republicanos y liberales guipuzcoanos; pero es lo cierto que el noble pensamiento del malogrado Lacort fué un hecho, y el monumento se eleva á la cabeza del puente de Enderlaza, como verá usted por la adjunta fotografía, y no en el punto preciso donde fueron vilmente asesinados aquellos mártires de la Libertad, porque estuviese vigilado de cerca por las fuerzas del Resguardo, y evitar así un desaguisado que los fanáticos campesinos pudieran llevar á cabo con el monumento.

El autor de éste fué D. Juan Cartagena, presidente de la Junta provincial de Unión Republicana de Navarra en aquel entonces, y aparece en la fotografía al lado del presidente de la Junta municipal de Unión Republicana, D. Tomás Benmisgham.

El que aparece en primer término, al pie del monumento, es Basilio Lacort pronunciando un discurso, y detrás de él se encuentran el único superviviente de aquella horrorosa hecatombe, quien recogió de los circunstantes unas 200 pesetas para aliviar su situación precaria.

El acto se realizó con toda solemnidad. Concurrieron á él representaciones de Pamplona, Elizondo, Vera, Lesaca y otros pueblos; de Guipúzcoa, San Sebastián, Irún, Tolosa, Hernani y algunos más.

Si desea usted tener datos precisos de este acto, puede usted dirigirse á D. Juan Cartagena, maestro de obras, en Pamplona, quien podrá facilitárselos.

He creído un deber participar á usted los hechos que preceden, para que pueda, si lo tiene á bien, rectificar en la forma que estime conveniente la noticia que por error ha publicado usted en EL MOTIN.

Y rogándole me dispense la lata, me ofrezco á usted, amigo Nakens, como su más servidor y antiguo correligionario,

EUGENIO GABILONDO

Expresidente de la Junta municipal de Unión Republicana en San Sebastián.

San Sebastián, 4 Diciembre 1909.

Ignoraba cuanto en esa carta se me dice; de lo contrario, lo habría consignado al tratar de los fusilamientos de Enderlaza.

Por lo demás, debe tenerse en cuenta que yo escribí los folletos que ahora reproduzco en EL MOTIN, allá por el año 1897.

Si, como deseo, lograrse publicar *Los Crímenes del Carlismo* en tomos pequeños y baratos, para que circularan mucho, consignaría con mucho gusto cuanto se me dice en la carta del Sr. Gabilondo, no sólo por ser la verdad, sino por redundar en honra de mi querido amigo Lacort y de los republicanos y liberales vascongados y navarros.

Y gracias por la noticia.

## MORMONISMO

Esta secta fué fundada en 1830 en el Estado de Nueva York, por Joseph Smith. Dijo éste haber encontrado por revelación del cielo unas planchas de oro, en las cuales estaban escritos en caracteres egipcios modernos los principios de la religión mormónica. El los tradujo é imprimió en un libro, que, junto con el Antiguo Testamento, forma la base de la religión. En 1837 emigró con treinta secuaces á Kirtland, Ohio, y en 1838 estableció la poligamia, que dijo le había sido revelada. Perseguidos allí, se trasladaron los mormones á Nauvoo, en Illinois, y en el mismo año fué asesinado Smith por el pueblo amotinado. Le sucedió con el título de profeta el famoso Brigham Young, el cual, temiendo nuevos aprietos, se dirigió con sus secuaces hacia el desierto. Después de una larga y penosa marcha se detuvo á orillas del Lago Salado, Territorio de Utah, y allí se dedicaron á la agricultura y construyeron la bonita población que se llama Salt Lake City. En tan pocos años, y á pesar de constantes perturbaciones, los mormones pasaban de 200.000 en 1887.

La principal objeción contra esta nueva secta es la poligamia; el pueblo de los Estados Unidos clama contra los polígamos y el Congreso federal ha aprobado leyes severas contra ellos.

Enemigos como somos de la poligamia, nos vemos obligados á confesar que el gobierno no tiene derecho á prohibirla mientras se reconozca la Biblia como un libro inspirado. Si los patriarcas de la Antigua Ley podían tener muchas mujeres con el beneplácito de Dios, ¿por qué no han de poder hacer lo mismo los mormones, que

se llaman «Santos de los últimos días»? Hemos oído decir que en aquel entonces era necesaria para poblar al mundo. La razón no nos satisface. Si la poligamia es inmoral hoy, lo fué siempre. Si el deseo de aumentar la población puede justificarla, esta misma causa existe aún hoy. ¿Y quién podrá señalar el momento en que el mundo está bastante poblado? La moralidad de una acción no puede juzgarse por el número de habitantes que haya en el globo. La moral es absoluta. Si, por consiguiente, es verdad lo que dice la Biblia, lo que hoy tenemos por inmoral es muy moral, sopena de decir que aquellos patriarcas, tan íntimos amigos de Dios, eran unos hombres corrompidos, ó que Jehová no era entonces tan estricto como hoy.

La historia del mormonismo nos da una idea del modo cómo se forman las religiones y de la fe que merecen esas revelaciones en que dicen sus ministros estar basadas. Si un Smith, en el Estado de Nueva York, pudo en 1830 fundar una religión y propagarla con tal rapidez, á pesar de las persecuciones, y hacer creer á tantos prosélitos que él y sus sucesores son inspirados, ¿qué no hubiera hecho ese hombre hace diez siglos? Si por casualidad se apodera de la presidencia de los Estados Unidos, ¿cuánto no se hubiera propagado esa religión tan absurda? Si los descubridores y conquistadores de América hubieran sido polígamos, el mormonismo fuera aquí hoy la religión dominante. La única diferencia esencial entre el mormonismo y las demás religiones es la poligamia, y ésta ya hemos dicho que está basada en el Antiguo Testamento.

Y ahora preguntamos: ¿por qué no hemos de creer que Joseph Smith fué inspirado por el cielo para escribir su libro? El lo dijo y lo sostuvo, sufrió persecuciones y fué asesinado por causa de su religión. Y de esa muchedumbre de hombres que también se decían inspirados allá en remotos siglos, nada sabemos positivo, ni aun la existencia de muchos. Nos reímos de los farsantes de nuestros tiempos, y se nos dice que adoremus á los de los tiempos de ignorancia é idolatría. A los modernos les decimos en su cara que mienten cuando nos hablan de revelaciones, y hemos de creer lo que nos dicen de los antiguos?

R. VERA

### CRÍTICA INDUCTIVA

## El libro de un Verista

En las distintas modalidades de la literatura hispánica, ha predominado en toda ocasión la hinchazón y el énfasis. Responde á nuestro carácter áspero y seco, y priva en los diferentes aspectos del hacer individual y de la acción colectiva, el más obstinado misoneísmo. Todo lo que en España puede ser considerado como peculiar y autóctono, en lo sustancial revela implacabilidad dureza y rigidez.

Tan sólo por imperio de las circunstancias, y nunca de grado, hallan aquí fácil acogida las innovaciones, las reformas, los cambios y las transformaciones. Vivimos apeados á la rutina, y nuestro presente apenas si ofrece ténues y leves diferencias que lo distinguan de lo pretérito. Persiste en lo íntimo de la subconciencia de la raza una honda aversión para cuanto pudiera suponer y significar mutación, ingerto ó mera substitución. Todos los acontecimientos que durante más de un siglo se fueron sucediendo, constituyen prueba plena de la inmovilidad y del hiratismo, y del odio sordo, profundo y formidable, que anida en el corazón y en el cerebro de las clases sociales pseudo-ilustradas, que han asumido la dirección de las funciones del Estado.

Cualquier detalle, una somera observación, bastan y sobran para mostrar hasta la evidencia, la absoluta y total carencia de sentido, de comprensibilidad, de cuantos han ejercido la función rectora que jamás, ni siquiera por excepción, ha tenido visos de tutela cordial. Hay que proclamar, de una vez para siempre, la completa inanidad de la orientación, el sistema y los procedimientos preconizados y defendidos por los partidarios del *statu quo* en todas las esferas del orden público.

La experiencia muestra por modo inconcuso, irrefutable, la imposibilidad de adueñarse á las viejas fórmulas la existencia de las naciones. Los derroteros á seguir, señalan las necesidades que se imponen por sí solas con fuerza de obligar, ya que su imperio es incontrastable. La acción del tiempo todo lo devasta.

A su influjo no hay fuerza humana que oponer. De suerte que la misión primordial del hombre inteligente consiste en poner sus energías al servicio de cuanto signifique adelanto, mejora y perfeccionamiento. Las concreciones del pensamiento no tienen otras finalidades, que trocar en realidad social tangible, lo que en un principio fueran puros anhelos ideales. La iniciativa individual, al elaborar conceptos, principios teóricos, tiende á convertir lo especulativo en práctico. El progreso, en sus innumerables



formas, es la condensación de los descubrimientos, inventos y ampliaciones del saber. Todas las luchas, á la postre, se sintetizan en una aspiración única, acrecentar el caudal de conocimientos al ensanchar poderosamente los medios de investigación. La obra más útil de las que realiza el ciudadano en la actualidad, estriba en poner de relieve, con sobriedad y honradez los defectos que halle en la organización social. Solo el llegar á tener la noción del error supone un atisbo, un vislumbre de lo verdadero. En esto consiste el más positivo y eficaz empleo de la actividad psicológica. La agitación interior que motiva la intranquilidad del espíritu, es sin duda el estímulo de las actividades del intelecto. Así lo atestiguan cien y mil ejemplos, que se hallan registrados en las Antologías y los Archivos de las diversas disciplinas psicossociales. Ahora mismo la aparición del libro de José Nakens, *Mi paso por la Cárcel*, demuestra palpablemente el inmenso influjo que en los temperamentos normales, equilibrados ejercen las contrariedades, las privaciones, el confinamiento, la monotonía, etcétera. Los trastornos, las perturbaciones y las crisis agudísimas, que experimentan los individuos sometidos á un régimen uniforme, nos han demostrado los más insignes psiquiatras como Lombroso, Marro, Tamburini, Morselli, Sommer, Kraepelin, que en el aislamiento se acentúan y agudizan por modo considerable y conducen indefectiblemente á la *paranoia* y la locura furiosa. Lo propio ocurre con los estigmas psíquicos, tales como las fobias y cuantas morbosidades forman en el vasto cuadro de la nosología cerebromedular.

En el volumen de Nakens se contienen un sinnúmero de apuntes tomados del natural, multitud de observaciones *vistas y oídas*, y catalogadas con acierto, y un á modo de glosario nutrido de hondo sentido crítico y acabado conocimiento de los asuntos. *Mi paso por la Cárcel*, no puede ser calificado de obra sistemática, pero aún siendo como es un conjunto de ensayos y bosquejos, guardan tan íntima conexión entre sí, y están seriados con tal arte, que forman un todo indiviso y armónico, como las facetas de un prisma.

José Nakens, que es un escritor de cualidades relevantes, muestra en muchos pasajes del libro su gran conocimiento del paciente moral, y describe con fidelidad y honradez los sufrimientos del preso.

Sin aparatosidad, antes al contrario, con sencillez y sobriedad dignas de encomio, pone al descubierto las deficiencias que existen en nuestras cárceles, y sin acritud en el estilo señala las torturas y los horrores á que están sometidos los reclusos.

El libro de Nakens, reviste un valor inestimable y es superior á toda ponderación. El que traza estas líneas podría testificar, por una dolorosa experiencia si no bastasen los asertos del maestro, la certeza de cuanto en el libro se afirma. Pero en el caso presente, la firma de Nakens vale y significa más que todas las pruebas que pudiéramos aportar los que, por las vicisitudes inherentes á los enconos políticos, hemos traspuesto los umbrales de las prisiones españolas, y por tanto, conocemos *de visu* cuáles son los defectos de que adolecen tales establecimientos. Huelga, y continuaría imperdonable redundancia el sólo intento de acotar un libro tan repleto de inducciones. Todo él es cifra y compendio de las impresiones recogidas sobre el terreno, se ve á la legua que se nos ofrecen fragmentos de realidad, y que quien lo escribió ha circunscrito su tarea á reunir las cuidadosamente para trasladarlas á las cuartillas. Por esto no vacilo en calificarle de *verista*. Y, que lo es en alto grado, se revela por haberlo elogiado publicistas afiliados á diversas escuelas, y que representan tendencias distintas y aun opuestas.

*Mi paso por la Cárcel* habrá de promover no pocas controversias donde quiera que se le cite, porque el insigne Nakens ha tenido la clarividencia de llevar á la plaza pública cuestiones doctrinales, como la concerniente á la reforma penitenciaria con todas sus consecuencias, que en nuestro país no despertaban la atención del gran público y que únicamente se debatían en las corporaciones llamadas doctas. Con la publicación del hermoso libro que motiva este artículo, ha logrado aguijonear el interés de un gran contingente de lectores hacia los problemas sociológicos, ya que las obras de Nakens obtienen siempre lisonjero éxito y su tirada es considerable. Si se exceptúan á Galdós y Blasco Ibáñez, Nakens es de los autores más conocidos y que han conquistado una simpatía más general. Del descrito en que nos sumió el desastre en 1898, se libraron media docena de escritores de renombre, y Nakens fué uno de ellos. Las gentes superficiales y anodinas desconsideraron al eminente publicista, porque los maldicientes y los miopes no pueden jamás reconocer el valimiento de los hombres audaces y acometedores. Nakens es un luchador impertérrito, de aquellos que no descanzan ni desfallean. Su último libro, como los anteriores *Cuadros de miseria*, *Puñalado de ironías*, *Muestras de mi estilo*, *Degradaciones y cobardías*, *Cartas y dedicatorias*, y *Humorismo anticlerical*, se lee con singular provecho y deja en el ánimo una huella que difícilmente borra de la memoria el curso de los acontecimientos. De cuantos escritores se han venido consagrando á la propa-

gación del faicismo, ninguno puede compararsele; Nakens les aventaja, no sólo en condiciones literarias,—facilidad, elegancia en el estilo, verbo cálido,—sino que les supera en energía psíquica,—fantasía, reflexión, poder de sugestión, vigor y habilidad para seriar los conceptos,—y, en suma, todas las dotes que se asignan á las grandes mentalidades de todos los períodos históricos y de las naciones en las cuales han penetrado los efluvios redentores del libre examen.

La personalidad de José Nakens, cuando en España haya prendido y germinado el ideal de la secularización, adquirirá las verdaderas proporciones, las mismas que hoy tiene, pero es aquí achaque muy arraigado no saber apreciar la valutación integral de los prestigios coetáneos que entre nosotros se agitan y conviven á nuestro lado.

SANTIAGO VALENTÍ CAM

## Espectral

Las cuatro de la mañana son, y está la sala del hospital callada como un espantado sepulcro gigantesco, en el cual, un enjambre de almas humanas levantara el leve eco de un unísono gemido de dolor.

Duermen todos ó parece que duermen. Aquel que durante el día arrastra entre angustiosos ayes su pierna embotada por el reuma, continúa impasible boca arriba, una hora y otra, y no tienen sus labios el doloroso fruncido de sus horas desesperantes; está totalmente escondido bajo las almohadas aquel otro de cara amarilla, de dientes y ojos amarillos como los envenenados en las fundiciones de plomo; y aquel otro infeliz de los febriles delirios pavorosos, también descansa. No hay visiones de horror extremadamente inquietantes en esta sala. No hay cancerosos, ni tuberculosos, blenorragicos, ni mutilados... Nuestras enfermedades son, hasta cierto punto, aristocráticas: gastralgias, bronquitis, gripe y hasta un caso de apendicitis.

A esta hora sólo interrumpe el silencio ambiente algún lamento tenue, algún golpe de tos, algún brusco juramento de alguien con quien el dolor no ha tenido piedad. Dos ó tres se revuelven al mismo tiempo entre las ropas, cansados ya de la larga noche, y crujen los somniers ásperamente con siniestro chirriar de puertas mohosas.

Queda todo en silencio un instante; sólo el fatigoso respirar de los enfermos flota por la sala como débil rumor de aire. Las luces, suspendidas del techo azulado y brillante, semejan, una, un ojo monstruoso iracundo y rutilante, y la otra una bella rosa de oro encendido.

Fuera silba el huracán con titánica violencia; los árboles crujen y se doblan, fieramente sacudidos, sobre sus raigambres escondidas en el alma de la tierra; sus ramas se retuercen en desesperadas convulsiones de agonía; la lluvia golpea los cristales y las puertas, y todo se extremece de pronto con espantosa trepidación.

Y allá muy cerca de las cinco, en una clara del huracán y de los humanos dolores que aquí tienen su refugio, se abre quedamente la puerta de la sala y entran dos monjitas de las de blancas tocas, que avanzan pausadamente una por cada fila de camas. Una de estas monjitas tiene a su cargo el cumplimiento de una misión altamente humana y piadosa; repartir caldo á los que más necesitados de él estén; la otra da la vuelta en silencio y espera en la puerta á su pareja.

Pero, lector, aunque te moleste—ya sé yo que si lees *EL MOTIN*, eres amante de las santas y divinas cosas—, he de decirte que esta monjita del caldo es cruelmente injusta en su obra, que quiere ser piadosa y humana. ¿Por qué? Porque el caldo no se lo da á los infelices que lo necesitan, á aquellos verdaderamente enfermos de cierto cuidado, sino á aquellos otros que más rezan, se santiguan y afanan en aprenderse letra por letra toda la grotesca insulsez de la letanía.

Es de día ya y pronto entrará la *Hermana* rosario en ristre. Proseguiré mi labor de todos los días á esta hora. Tiendo las almohadas sobre el respaldo de la cama, saco de la mesilla de noche *La Divina Comedia*, me acomodo y comienzo á leer por milésima vez las torturas del «Infierno».

Cuando la *Hermana* llega con el hisopo, he saltado un montón de hojas, sin saber cómo, y he entrado de improviso en el Purgatorio. Mientras rezan los demás, hablo yo con Catón de Utica. Cuando terminan, la *Sor*, furiosa, me pregunta por lo que leo; y como no me he dignado contestarle, ella, en venganza, me quitará el pan del desayuno.

ARTEMIO

## Lo que canté á mi patrona

Dejando en mi compañía el hueco de una persona, fui del campo de Belona á la casa de Talía. Por boleta mi osadía y mi antojo por furriel, vi un zaguán, y, entrando en él, reclamé lo de costumbre: agua y sal y algo de lumbre y una hojita de laurel.

Mientras hervía mi guiso en la prestada cazuela, dí un abrazo á la vihuela, templé y dije: «con permiso. Oír mi patrona quiso *canto jondo y de verdad*, y entoné á su voluntad mi repertorio mejor, que es: una *marcha* al error y un himno á la libertad.

Mis cantares de soldado censuré, bajo una artesía, un dogo de esos de presa que aullaba desahogado. «¡Gran crítico me ha ladrado!» (por la cara que tenía exclamé); y la poesía contestó. «No es por tus yerros.» —¿Pues por qué ladra?—A los perros les molesta la armonía.

«Ese can de una leita, es un lamedor de h s p o que vino *perdiendo el jopo* el día de Peña-Plata. Para él no hay música grata si no entona un sacristán; silbando se llama al can, y á silbidos está sordo, y con lo ajeno anda gordo, y muerde al que le echa pan.»

Dijo, poniendo un bozal al perrazo intransigente que, mirado atentamente, era un *soberbio animal*. Y templando bien... ó mal, porque la vihuela engaña, pensé en la gloria de España, y dediqué estos cantares á los pobres militares que mueren en la campaña.

«Cuando la traición se agita y con mártires se aquieta, vosotros dais al poeta los héroes que necesita. ¡Victoria! el progreso grita y el iris de paz asoma, y la flor crece en la loima con vuestra sangre regada y en el casco de granada hace el nido la paloma.

«Hermanos queridos son unidos con lazo fuerte, la poesía y la muerte, la guerra y la ilustración. Cuando el ruido del cañón espanta á la iniquidad con fragor de tempestad, sobre el campo de batalla abre un hueco la metralla y pasa la libertad.

«¡Amigos que sobre nieve por el monte habéis cazado unas fieras que han llegado hasta el siglo diez y nueve: para ese tropel alevé no basta el valor del Cid pues vencidos en la lid acometen por doquiera, y, muertos en la trinchera, resucitan en Madrid!

LEOPOLDO CANO

## Ejemplo que imitar

Nicomedes Marcos, parrocan hidrófobo de El Rasillo de Cameros (Logroño), ha tenido que salir á uña de fraile del pueblo en que ejercía su sultanía cual si estuviera en una ranchería del Africa Central.

El tal aspiraba á sojuzgar al honrado pueblo que le habían confiado, no soltando de sus manos, ni aun para ir á celebrar misa, un soberbio bastón que encerraba en su ánima una magnífica hoja toledana, llevando también una pistola del último sistema inventado, con cuyos razonables argumentos, y con levantarse los manteos y decir á aquellos buenos feligreses que tenía... pantalones muy bien abrochados y que no se le caerían por ninguno de ellos, abusaba de la buena educación y honradez de sus convecinos, á los que explotaba, insultaba y escarnecía, introduciendo en el pueblo donde hasta su entrada había reinado la paz y la alegría, la discordia, no sólo entre el vecindario en general, sino en el seno de cada familia.

Y este curaza, que no contó con que la medida del sufrimiento podía colmarse, se vió el día 17 de Noviembre último con la infausta sorpresa de que el pueblo en masa, en vez de entrar á oír la misa que se iba á

celebrar, se apiñó á la puerta, pidiendo á voz en grito que el opresor abandonase el pueblo; y como el malo siempre teme, ó tal vez dispuesto á defenderse en último trance, se encerró en la torre de la iglesia, en donde estuvo sitiado siete horas, hasta que llegaron fuerzas de la benemérita, las que, sabiendo que la razón estaba de parte de aquel honrado pueblo, le hicieron capitular bajo condición de abandonar la población.

El vecindario, desde que el *valiente* perturbador de familias salió de entre ellos, se encuentra tan perfectamente bien, como cuentan que Adán y Eva estaban en el Paraíso.

Imiten los demás pueblos al de Rasillo de Cameros, si quieren emanciparse de los clerizánganos soberbios que tratan de someterlos á la abyección y el servilismo.

## LA SOLEDAD DE CRISTO

La luz, difusa, pálida, crepuscular, rima en la sala un aria de melancolía y de congoja. Los ventanales, abiertos sobre el jardín perfumado, dejan llegar, con los aromas sosesos del campo, los cantos trágicos de estos pájaros que ofrendan sus ternuras á los enfermos. En la luz suave, acariciante, de la sala destacan siniestras las cubiertas rojas de los camastros, que se ringlan en dos filas, y entre la palidez de las almohadas sudorosas húndense los rostros desecados, cadávericos, de los enfermos, todos viejos, todos desvalidos, todos olvidados de todos.

Viene de lejos, arrastrándose penosamente, el rezar largo de un Rosario que trae recuerdos de templos entenebrecidos, donde suspiran los cirios relumbrando sus lenguas de fuego y el agrio chisporroteo de las lamparas, mohosas y centenarias. Al frente, un Nazareno muestra su rostro dolorido, punzado por las espinas bárbaras de la corona. Vaga por su rostro atormentado un aura de bondad divina y antiterrena. Sus ojos, pesimistas, bañados en la hiel del dolor, tienen para todos los enfermos una mirada cariñosa, un beso prolongado y triste como una romanza otoñal.

En la paz del ambiente danzan macabros los ayes agudos, penetrantes, el lenguaje del sufrimiento, que roe y desespera los cuerpos mártires, en los que la Enfermedad ha puesto su llaga y en los que ha posado el beso de sus labios leproso.

Y en el tono uniforme de todos los suspiros detona la agonía de un enfermo que, en el terrible jaderar con la muerte, no encuentra ayuda en nadie que con amor lave la hemorragia de su pena infinita.

En el ambiente va mezclándose un misterio encogedor. Un murciélago ha espantado con su volar nervioso los pájaros que trinanaban sentimientos de salutación. Van las sombras haciéndose más densas. En el aire se crispan dos brazos mugrientos, esqueléticos. Refulgen, alocaados, unos ojos desde el fondo de la hornacina de unas cuencas descarnadas.

Y la mirada de Cristo pone en las llagas del agonizante un beso, largo y piadoso. Y tan sólo Cristo lleva un consuelo al enfermo.

El Cristo trágico suda amarguras; la hostia de su divino rostro tiene todos los sufrimientos, toda la enorme tragedia de la desesperación; por su rostro mana la sangre abundantemente; azulean los golpes infames; siéntese voieglear impiedades y blasfemias al pueblo, que le escupe y le azota; en sus manos se anudan las cuerdas mortificantes y florece la caña que burlonamente le pusieron á modo de cetro.

Y siente Cristo la sed que le abrasó en el Calvario. Y siente Cristo el amargor de la hiel que le dieron á beber. Y siente Cristo la soledad que amargamente le hizo llorar cuando agonizaba en la cruz; siente Cristo que en su garganta la angustia no deja paso á sus palabras.

«Dijéronme que mis discípulos eran más que nunca fueron.

«Y no veo á mis discípulos, porque ellos me desconocen.

«Y ni mis discípulos, que decíanme eran en número los más, son en virtud los mejores, los más fieles.

«¿Dónde están mis discípulos? ¿Qué fué de la verdad de mis palabras? ¿Dónde hay un solo cristiano?

«Doce discípulos tenía, y uno, uno solo, me fué traidor.

«¿Encontraré entre doce discípulos de hoy uno, uno solo, que no me venda, que no me bese como Judas me besó?»

Por los ventanales llegan, apagados, los sonos de una música alegre y lejana. Viene la música del paseo espléndido donde la gente ríe...

La música, caliente y acariciadora, trae recuerdos de pereza oriental. Y por entre estas gentes crueles que hieren riendo, están los que en el negro sayal llámanse discípulos de Cristo. Y sus siluetas negras vuélvense ahora para admirar las caderas de una buena hembra.

Allá Cristo da un beso al moribundo y le pone los Santos Oleos de sus lágrimas inmensamente amargas.

Por los ventanales vienen los aromas plácidos del campo...

A. MUÑOZ DE DIEGO

Oviedo.



## Al Episcopado Español sobre la enseñanza religiosa

### Réplica á la Exposición elevada al Gobierno

La instrucción en las Escuelas públicas ó privadas de cualquier clase, será en todo conforme á la doctrina de la Religión católica.

(Art. 2.º del Concordato.)  
La Religión Católica Apostólica Romana es la religión oficial del Estado.  
(Constitución del Estado.)

¡Concordato! ¡Constitución! ¡Leyes de Instrucción Pública! ¡Moral cristiana! ¡Moral social! ¡Orden constituido! ¡La autoridad de Dios! ¡La verdad de Cristo!

He aquí la serie de argumentos presentados por los obispos, después de haberlos mutilado sabiamente y eclesiásticamente, llevando la osadía de dar al público español un escrito en el cual, al lado de la mala fe doctrinal, brilla una deplorable carencia de buen sentido. ¿Es que nuestro Episcopado cree que fuera de las curias eclesiásticas no hay quien tenga noción de las leyes y de la lógica? No; su creencia es otra: creen, y en esto están en lo cierto, que en España no hay político ni escritor que dé importancia á los errores y argucias teológicas, y que esta omisión salva sus documentos del ridículo á que puede exponerlos una crítica fundamentada. Saben, y están en lo cierto, que los *hombres* desprecian con asco estos documentos; saben, empero, que los leen las mujeres y los hombres de mente femenina, y saben también que de éstos y de aquéllas es el gobierno de las casas y el manejo de los otros. Y por esto no necesitan razonar hondo ni fundamentar sus discursos: bástales halagar los instintos y prejuicios de sus *fieles*, y eso hacen y con eso se contentan. Sus exposiciones podrá echarlas el ministro al cesto de papeles inútiles; pero de allí los recogerá la ministra, la nuera y la sobrina, y el papel que no quiso leer en el despacho, lo habrá de tragar en la mesa de comedor, en el paseo y en la cama, traducido á todos los idiomas de la tenacidad é impertinencia femenina. Y el ministro que llamó *neccio* al documento, se habrá de convencer que la *necedad* es más sabia que su ciencia, que sabe dominarle á él y aprisionarle y hacerle juguete suyo, porque sabe convencer á la mujer *neccia* que á su vez sabe persuadir al *hombre sabio*.

Jacinto Benavente trataba hace poco de este problema en una de sus crónicas de *El Imparcial*, fustigando la incuria de los maridos y padres en la educación racional de las mujeres. Este problema trató magistralmente en su drama *Los Amos Enemigos*, Pablo J. Loyson. La «necedad» convence á la mujer del sabio; la mujer vence el poder de la ciencia; y la ciencia se convierte en maniquí de la necedad!

Muy bien: esto deben saberlo los obispos españoles y esto deben tratar de utilizarlo en su provecho. La crítica ha soslayado el documento; no ha habido escritor que se lanzase á fondo en su análisis y refutación. Y el documento queda como un *hecho solemne*, y la crítica pasa como acto baladí. No debe ser miedo de la intelectualidad política y crítica á las censuras intempestivas de sus señorías, pero quizás sea miedo formidable á los arañazos de la esposa, al juicio de la hija educanda del colegio religioso, ó á la mirada recelosa de la cocinera...

Para éstas voy á escribir yo estos renglones: para la cocinera, para la colegiala y para la esposa cuya cultura intelectual abandonan los padres, amos y maridos á la fuerza sugestiva del aparato escénico episcopal.

#### I.—Los obispos y el Decálogo.

Lo primero que se destaca en el documento episcopal es la ligereza, la censurable ligereza con que los obispos califican de inmorales las escuelas laicas, de subversivas del Estado y de la familia, de preparadoras de sediciones como la de Cataluña, que se presentan como «efectos» de tales escuelas. Si los sediciosos ejerciesen la acción de defensa judicial, y si los maestros laicos presentasen al Tribunal la correspondiente querrela criminal por injuria y calumnia, ¿cuál de los obispos firmantes sería el que se comprometiera á probar estos asertos? Los Tribunales, según el fiscal de Ferrer, no han podido hallar, después de muchas investigaciones, los autores inmediatos de los hechos; y los obispos, sin necesidad de practicar diligencia alguna, resuelven fallar y proclaman ante el Trono y ante la opinión haber descubierto, no sólo los autores inmediatos, sino los más remotos, las causas primeras y germinales de la sedición. Si tienen la prueba de este aserto, ¿cómo no la producen en debida forma ante los Tribunales competentes, cumpliendo el deber de ciudadanía fijado en los códigos? Y si carecen de prueba,

¿cómo son osados á formular esta tremenda acusación criminal? Para los obispos españoles debe regir la «autoridad de Dios» que invocan en su escrito; y en tal caso, queda muy mal parado de su escrito el VIII precepto del Decálogo, que prohíbe con *pena de muerte* la mentira y falso testimonio, la sospecha maligna y la insinuación malvada, sea quien sea el autor, y sea el que fuese el ofendido.

Bastaría esta solemne y escandalosa transgresión de la *ley de Dios*, de la *moral cristiana* y de la cultura social, para dejar en lugar pésimo este esperpento, en el cual, lo menos que puede exigirse es el respeto de los principios por él invocados. No es con juicios temerarios y calumniosos, con sañudas calificaciones y con malignas interpretaciones, la mejor manera de demostrar celo por la moral cristiana y por la santidad social. «Dios no necesita de vuestras mentiras», puede responderseles con Job, citado por León XIII en su encíclica sobre los estudios históricos. Estos juicios lanzados en un documento solemne contra una gran masa del pueblo español, ha de producir necesariamente el escándalo de *enseñar* la licitud de la mentira y de la calumnia contra el adversario.

Demuestren, pues, los obispos el parentesco genésico que ellos atribuyen á las escuelas laicas con los incendios lamentados; si no lo hacen, contra sus afirmaciones temerarias lanzo yo ésta, de la cual me reservo por ahora la razón: «no está probado que los incendios de Barcelona no hayan sido promovidos por el jesuitismo, para hacer abortar planes más pacíficos ante la ley, pero más perniciosos para sus intereses». ¿Saben algo los obispos?

#### II.—El Concordato.

Vengamos á este caballo Aquiles del Episcopado, á esta *ley* llamada pomposamente *internacional*, frase que excitará la risa del propio Vaticano, recibiendo como un golpe de *botafumeiro* que da á las mismas narices del ídolo á quien se inciensan: ¡El Concordato!

¡Y lo invocan los mismos obispos que por el Concordato debieran estar suprimidos! ¡Y aquellos mismos que tienen sin *arreglar* sus diócesis, en donde las leyes *concordadas* en 1851 no han logrado ser efectivas en 1909...!

¡Y hablan de Concordato los obispos que *contra el espíritu y letra* del Concordato han introducido en España *doscientas órdenes religiosas*!!

¡Los que administran el *fondo de reserva* desde hace medio siglo á espaldas del Concordato!

Hablemos, sí, de Concordato, y veamos si el *respeto* que aparenta hacia él el Episcopado es una prueba de honrada seriedad ó de marrullera hipocresía.

En esa «ley internacional», además del artículo 2.º, hay un artículo en que el Papa jura, en nombre de la Santa Sede, guardar sincera y lealmente las regalías de la Corona y los privilegios de la disciplina eclesiástica española.

Por esta disciplina se prohíben las apelaciones *per saltum* á Roma; por las regalías se prohíbe, bajo pena de excomunión, la invocación de leyes pontificias no sancionadas por el Exequatur. ¿Cuántos de los obispos firmantes se hallan libres de alguno de estos dos *delitos* concordados? Y si no hay ni uno sólo (que yo sepa), ¿á qué hablan de Concordato los que, en virtud de sus preceptos taxativos y remotos, están *extrañados* de la nación, cobrando ilegítimamente sus haberes y ejerciendo indebidamente autoridad oficial? Ni basta decir que los gobiernos toleran esto, pues no en vano España es un Estado constitucional, reconocido como tal por la Iglesia; y en el Estado constitucional son irritos los actos de los gobiernos que no se ajustan al derecho constitucional. Esto lo saben los obispos; saben que esta tolerancia es *irrita*, antijurídica é inhumana, y que no puede servirles de pantalla para sus responsabilidades.

He aquí, pues, el modo de dar ejemplo de obediencia al Concordato los obispos que lo trasgreden, extrañándose previamente como incursores en las penas de excomunión, y del otro lado de la frontera redactar sus pastorales. Mientras esto no hagan, sus invocaciones á la «ley internacional» son como las de las coplas de Calainos.

#### III.—El Concordato y la Enseñanza.

Sí, señores obispos; hablemos de esto, que es cosa más curiosa de lo que ustedes imaginan. Es cierto; por el Concordato tienen ustedes derecho á la inspección de la Enseñanza; pueden sus señorías exigir que los maestros lleven los niños á la misa parroquial. Sean firmes en exigir este derecho: reclamen contra los maestros que se resistan; háganles meter en la cárcel; procésenles y

fusílenles «según los cánones que son ley del Reino. ¡Por ahí, y duro! y no cejen. Y hagan lo propio con los Insitutos y Universidades y con el ministro de Instrucción; ¡adelante, y sin contemplaciones! ¿Qué más necesitaría España para decidirse á dar al traste con eso?

Harto lo saben sus ilustrísimas, que se hacen *cómplices* de estos *apéndices* puestos al Concordato por obispos y ministros.

Yo lamento que sean sus señorías tan benignos falseando el catolicismo romano «que se rompe, pero no se dobla». ¿Dónde está su celo? ¿No tienen ojos para ver la ley, para ver su obligación de defenderla y para ver la transgresión sistemática? ¿Cómo *renuncian* sus mercedes á tan sagrado derecho?

Empero, en el mismo Concordato, en el artículo que salva las regalías, se implica también algo otro sobre la enseñanza. En efecto: los monarcas católicos se reservaron SIEMPRE el derecho de inspeccionar la enseñanza de los seminarios y de revisar los libros de texto y de devoción. Y en este punto, mis reverendos Padres en el Concordato, sus ilustrísimas han hecho tales mangas y capirotos, que apenas existe texto donde *contra el Concordato* no se pongan en solfa las Regalías de la Corona; ni hay aula donde no se despotrique á diario contra los privilegios apostólicos de la Disciplina eclesiástica española, ni se oye sermón que no contenga una sarta de ataques y diatribas contra aquellos sagrados y *concordados principios*.

Si venga el vigor del Concordato en la enseñanza y aplíquense con todo rigor sus leyes contra los obispos traidores á la Corona y á la Disciplina nacional, y procédase contra ellos á raja tabla, suspendiéndoles de empleo y sueldo, y tratándolos como sus señorías tratan á Ferrer y á los *maestros laicos*.

#### IV.—Concordato y Constitución.

¡Tienen gracia los buenos prelados españoles! Invocan el artículo 11 de la Constitución; cobran del Estado constitucional; se arrastran por los ministerios mendigando la mitra; aceptan la presentación; piden mil recomendaciones, gracias y favores del gobierno constitucional... El Nuncio lleva treinta años cobrando de la Constitución; el Papa apadrina al Rey constitucional; agradece la embajada constitucional... ¿no está reconocida con esto, plenamente la Constitución? Sobre todo, la Iglesia embaiña los sueldos percibidos del Estado constitucional y las indemnizaciones esas por concepto de desamortización, deducido el 45 por 100 á sus agentes (¡buen negocio!)... en fin: la Iglesia se merienda la España por *consenso* y *asenso* del Estado constitucional. Parece, pues, reconocida suficientemente la *Constitución*, sin cuya legitimidad, todo ese embaulamiento sería un miserable pandillaje.

Este reconocimiento da un giro especial á la cuestión: el *Concordato queda reformado á tenor de las leyes constitucionales*, por reconocimiento implícito de la Iglesia. Y aquí sí que se debe aplicar la frase de Cristo citada por los obispos: «O con la Constitución ó contra ella.» «Nadie puede servir á dos señores», y sobre todo, nadie debe comer de un señor y servir á otro.

¿No está sometido el Concordato, *ley especial para una parte del pueblo español*, á la ley general nacional? Luego la Iglesia debió protestar, retirar el Nuncio, poner entredicho á España, ordenar la *huelga del clero*, exigirle, como ha exigido del clero francés, que se niegue á percibir del Estado rentas ni honores. ¡Así se sirve sólo á Cristo!

Y por tanto, restituyan los prelados los haberes cobrados del *Estado enemigo*, renieguen las mitras recibidas por su conducto y ¡firmes!, *quien no está conmigo está contra mí*; frío ó caliente, pero no tibio y asqueroso.

¿En qué quedamos? ¿Rige ó no rige la Constitución? Pues si sus ilustrísimas no sueltan la mosca, prueba es que rige; y si rige, debe regir en las tomas y en las dadas; y así como *contra el Concordato* se han cometido mil fechorías, incluso la de llenar de conventos á Barcelona, que el pueblo, según el Concordato, no tenía razón de respetar, y que un gobierno cualquiera puede mandar demoler con una simple real orden pues no hay ley nacional ni internacional que autorice tal fechoría, si la *Constitución* es un *hecho constituido* y constituye *derecho*, el Concordato queda supeditado á ella.

Y si hay un artículo que concede al clero romano el monopolio del «culto público», como pudo conceder el monopolio de las cerillas y del tabaco, también hay otro artículo que afirma la libertad de conciencia y la libre expansión de las ideas. Y es atentar contra la libertad de conciencia de los padres y de los niños, el forzar y obligar á éstos á frecuentar escuelas en que se les enseña que los liberales (sus padres) son imitadores con Lucifer (León XIII), son peores que los demonios de la *Commune* (Pío IX)...

Y á este tenor, todo el Concordato debe entenderse reformado y corregido por las leyes nacionales posteriores, con acuerdo y asentimiento del clero y Episcopado español y del Nuncio de su Santidad, que firman mensualmente el reconocimiento de tales leyes, en las respectivas nóminas.

#### V.—La Enseñanza eclesiástica y la moral.

La Exposición episcopal confiesa lisa y llanamente que los fundamentos críticos de la doctrina eclesiástica son la imbuición de los padres y del sacerdote y la autoridad del maestro. Y por esto reclama la confirmación del maestro, porque sin ella el niño juzga «falsas» aquellas otras enseñanzas paternas y sacerdotales, de tal modo, que en la escuela neutra «se mete un hijo cristiano y se saca un renegado».

Estas confesiones encierran una gravedad extraordinaria. Porque está visto que los obispos niegan implícitamente el valor y *gracia de la fe*, en cuyo nombre tantas víctimas ha hecho la Iglesia: ni es ya el *obispo*, sino el *maestro* el que *confirma* al niño en la fe, toda vez que sin esta confirmación del maestro el niño reniega espontáneamente de las enseñanzas de sus padres y sacerdotes. He aquí inutilizados dos sacramentos y destruido el principio fundamental cristiano; no es Dios el que imbuye la fe al niño, sino los *padres* y *sacerdotes*; la sobrenaturalidad es un mito. Pero además se confiesa que el niño, por espontáneo instinto, juzga falsas las doctrinas que no ve apoyadas en las razones científicas del maestro.

Y aquí surge una cuestión de eminente Ética. Si el niño tiende por instinto á la *Verdad* verdadera, y no á la Verdad convencional. El no pregunta ¿qué es lo que las gentes creen?, sino que pregunta: ¿*qué es esto?* Y he aquí la inmoralidad de la enseñanza eclesiástica; se engaña al niño que pregunta por la *Verdad*, y se le hace pasar como *verdad* el *convencionalismo eclesiástico*. El niño es lógico; él *sabe* que es ignorante por su propia experiencia; él experimenta también que sus padres, sacerdotes y maestros *saben más que él*, y no pudiendo experimentar á tiempo oportuno la limitación de la *ciencia* de los mayores, el niño cree que lo saben todo.

Pero cree además otra cosa: la *honradez* y sinceridad de los que ya son viejos en este planeta, en el cual él es nuevo: *crea* en el amor de los padres, porque lo toca en sus caricias, lo sorbe en sus besos, lo oye en sus protestas y juramentos, lo come y lo bebe; y su pequeño cerebro no puede admitir que aquel amor sea capaz de engañarle; por esto *crea* en sus padres; y porque éstos le juran la santidad y sabiduría del sacerdote, el niño *crea* en el sacerdote.

Y el sacerdote y el padre le juran que *las cosas son lo que ellos le afirman*, y que ellos lo *saben* de cierto, y que lo han experimentado debidamente. Y he aquí la mentira: el sacerdote no ha experimentado nada; no *sabe* nada de la verdad; sólo sabe algo de lo que los suyos *dicen* y *cuentan* de la verdad, sin que se hubieran tomado más trabajo que él. Y este es el *abuso inhumano* cometido con el niño: hacerle tragar como *hecho* real y positivo un *dicho* cuando más teórico, y casi siempre infundado en su esencia científica y en su valor histórico.

Esta inmensa inmoralidad es el *desvío* del niño del honrado camino de la verdad y de la senda de su recto camino.

#### VI.—Los «hechos eclesiásticos».

Los prelados se quejan insidiosamente de que los niños en la escuela neutra «deduzcan que las enseñanzas eclesiásticas son anticientíficas, y, por consiguiente, falsas». ¿Pretenden con esto insinuar que ellos tienen como *científicamente ciertos* los hechos eclesiásticos que invocan como fundamento de su Iglesia? Contra tal insinuación establezco lisa y llanamente esta negativa: «ninguno de los *hechos* esencialmente fundamentales tiene prueba científica, física ni metafísica, ni siquiera histórica!»

El hecho mismo de previo fundamento, la *revelación*, sin cuya certeza histórica todo el edificio eclesiástico carece de base, es un hecho indemostrable por sí mismo.

Es más: la revelación es imposible, *metafísicamente imposible*; porque lo *infinito* no puede revelarse como tal á lo finito incapaz, por ser finito, de alcanzar manifestación alguna de lo infinito; y si para hacerse alcanzable al hombre finito en sus medios de conocer, Dios necesita tomar forma *finita* y sensible á la sensibilidad humana, sin la cual no hay conocimiento posible, entonces ya no es *Dios* lo que se revela, sino la *forma finita* de la presunta divinidad.

Y como quiera que el hombre carece de medios para comprobar la relación entre esta forma finita y su presunto origen infinito, jamás el hombre ni toda la humanidad junta podrán estar seguros de que tal reve-



ación sea verdadera y positiva; porque de un extremo visiblemente finito y de otro infinito invisible no puede visiblemente deducirse más que la finitud, según este principio de lógica: *«pejorem sequitur semper conclusio partem»*. Cítense los hechos que se quieran, siempre tendremos que la revelación, aun para el mismo individuo que la recibe, no es más que una presunción; y la suma de todas las presuntas revelaciones no pueden producir jamás la certeza, como la suma de cantidades finitas no pueden producir lo infinito.

He aquí, pues, la *mentira sistemática* de la enseñanza eclesiástica: asegurar como cierto é históricamente comprobado un hecho físico y metafísicamente imposible de comprobarse y acaso de realizarse.

Presenten los obispos un solo hecho histórico científicamente comprobable; y si no lo presentan, que no lo presentarán, han de reconocer que su doctrina eclesiástica jamás ha pasado de ser una hipótesis científica; y digan ahora los prelados: ¿no es ruinmente anticientífico, y, por consiguiente, falso y falsario, presentar al niño como tesis científica absoluta y definitiva, lo que no fué, ni es, ni será más que una simple hipótesis? ¿Y es lícito ante la moral universal y ante la moral cristiana ENGAÑAR al niño, abusando de su candor, de su confianza en la honradez y de su impotencia crítica?

La enseñanza es una función moral, y como tal, está sometida á la ética suprema y natural, superior á toda idea religiosa y filosófica; y esta ética otorga al niño el derecho á no ser engañado por los viejos del mundo; y engañarle es y es atropellar este derecho suyo, responderle de hechos de que no se puede responder, para gastar su niñez y su cerebro hasta los treinta años, y luego contestar al justo enojo del engaño padecido, babeando los viejos sobre su irritación y escudándose detrás de la fuerza de leyes producto de la ignorancia y de la petulancia de decrepitos, que por haber llegado antes al mundo se arrogan el derecho de desencaminar y burlarse de los recién venidos.

#### VII.—La «enseñanza eclesiástica» no es cristiana.

No, mis reverendos padres: ni vuestro catecismo ni la doctrina de vuestra pastoral, son cristianos.

Vosotros enseñáis al niño á desobedecer al padre para obedecer al sacerdote; vosotros le enseñáis una religión de ceremonias falta de todo espíritu; vosotros le enseñáis la soberbia religiosa, despreciadora de los hombres y disolvente de la sociedad; vosotros le enseñáis los preceptos de la Iglesia, extraños totalmente á Cristo; vosotros le enseñáis la doctrina del pecado, contraria á la doctrina de la redención: ni vuestro cielo es el de Cristo, ni lo es vuestro infierno, ni su iglesia la vuestra, ni el suyo vuestro templo, ni él autorizó el clero, sino que lo destruyó, ni dió preceptos religiosos, sino que los anuló todos, estableciendo sobre sus ruinas el único precepto humano: «amados unos á otros». Vuestro catecismo es simplemente «eclesiástico», es cosa de papas, obispos, rabinos, canonistas y leguleyos; este sistema lo habéis llamado cristiano como podáis haberlo llamado pagano, bárbaro, judío, romano, parisien ó de cualquiera otro modo. Contra todo vuestro artefacto, opongo esta sentencia terminante de Cristo: «amar á Dios en los hombres, con toda el alma y con todo corazón; esta es toda la ley y todos los preceptos». Todo lo que no cabe ahí y se separa de ahí, es ilegal y anticristiano; y para aprender esta ley, sobran los cánones, el Concordato, la Constitución y el monopolio de las escuelas.

#### VIII.—Bancarrotas de la enseñanza eclesiástica.

Ahí la tenéis, mis reverendos Padres: cinco siglos bastaron á los verdaderos cristianos para conquistar el mundo al Evangelio, sin Concordato, sin privilegios y sin escuelas: con todo el poder político, militar y judicial, vosotros lo habéis ahuyentado. Los cristianos de Oriente os maldicen; los de las naciones disidentes os llaman sectarios del anticristo; habéis dejado á la cristianísima Francia; habéis desmoralizado la católica España; para salvarse del abismo, Italia ha tenido que excomulgarse de vosotros. Por donde pasa el sistema romano, sólo deja corrupción, vileza, abyección; Filipinas es la apoteosis de vuestras enseñanzas; España está cosechando vuestros frutos: miseria, libertinaje, escepticismo, disolución, corrupción de todos los organismos... y en la Iglesia... ignorancia del clero, simonía, furor odioso, ambición, avaricia, intriga, injusticia, hipocresía, rapacidad... ahí tenéis vuestras enseñanzas. ¿Es de las escuelas laicas la culpa? ¿Proceden de ellas los agiotistas del Estado, los defraudadores de la Hacienda, los explotadores del colono, los tratantes de

blancas, los usureros, los que nos arrebataron las colonias, los ocultistas de la riqueza tributaria, los absentistas, los que han entregado al extranjero minas, ferrocarriles, comercio, industria, política, universidad y religión, los que producen este éxodo espantoso de un pueblo que huye de su patria como del patíbulo? ¿Proceden de las escuelas laicas los pobladores de los presidios, los clientes de los hospitales, los alimentadores de la prostitución, los muñidores del pueblo, los engrosadores del parasitismo y de la mendicidad?...

Quiéntenos millones de pesetas paga España al clero romano para predicar á Cristo y el Evangelio. ¿Quién ha visto á Cristo por la Península? ¿Por dónde pasa haciendo bien? ¡Clero, mucho clero! ¡Todo lleno de clero! Pero Cristo no se ve en parte alguna, salvo el cristo de madera, ó de papel que adorna por igual el oratorio público que la alcoba de la ramera y el despacho del usure-ro rapaz; habéis dejado á España un cristo mudo, ciego, sordo, impotente, muerto, cadavérico... Este es el que enseñáis y predicáis.

#### IX.—Conclusión.

Basta: el documento episcopal contiene muchos más errores y sofisticaciones; su objeto se halla indicado en sus mismas palabras:

«Los alumnos ven en el maestro un sér superior cuya autoridad les merece todo respeto...» «La escuela... es una máquina de guerra...» «Es un molde donde se fabrica el alumno...» «La eficacia de las ideas disolventes y el influjo de las doctrinas perniciosas nunca es mayor que cuando se ejerce sobre los entendimientos tiernos y las voluntades débiles de los niños...»

Esto es lo que quieren los prelados: ejercer su influjo disolvente y pernicioso sobre los tiernos entendimientos y sobre las voluntades débiles de los niños... valiéndose de la presión superior del maestro dentro del molde de la escuela... en la cual entran niños, hijos de familia y hombres en embrión, y salen frailes, monjas, fanáticos, y paganos de misas y funerales, besadores de anillos, satélites episcopales é instrumentos ciegos de jesuitas, que forman el ejército de guerra para poder alterar el orden con las guerras civiles, explotar colonias, esquilmar pueblos, acaparar millones, fabricar palacios, costear cortejos y acabar de hundir á España en el último abismo de la inmundicia política, de la iniquidad social y de la impiedad religiosa hasta que blasfeme de Cristo, de Dios, de la Patria y de la hora en que el clericalismo pisó tierra española.

Falta solamente que los obispos pidan al gobierno la evacuación de Montjuich por las fuerzas del Ejército, para establecer allí el Concilio permanente y fechar desde aquel glorioso castillo sus documentos magistrales.

S. PEY ORDEIX

## De escuelas

Que se sepa, faltan en Madrid escuelas para quince mil niños. Es una gran vergüenza legada por los anteriores gobiernos. Ahora, el ministro de Instrucción Pública acude en parte al remedio, decretando la fundación de setenta centros de enseñanza primaria.

Y digo en parte, porque siendo esas setenta escuelas capaces cada una para ochenta niños, resulta un total de cinco mil seiscientas plazas, en lugar de las quince mil correspondientes á los necesitados de instrucción.

Aplauda la medida, aunque me escamen los buenos proyectos cuando se exhiben en vísperas de elecciones. Porque la experiencia me ha demostrado que no suelen realizarse.

No niego en absoluto la buena intención de los actuales gobernantes; pero... me atengo al adagio: «Piensa mal y acertarás.»

Los clericales de la provincia de Guipúzcoa se han revuelto furiosamente contra la idea de levantar una estatua á Pedro Viteri, filántropo que empleó casi toda su fortuna en la creación de escuelas no regentadas por sacerdotes.

La Diputación provincial se negó á contribuir con tres mil pesetas á la erección del monumento, y La Voz de Guipúzcoa las ha reunido por medio de una suscripción popular.

Es de advertir que en las escuelas Viteri se da lección de Catecismo cuando los alumnos se encuentran suficientemente preparados para recibir los sublimes é indescifrables misterios de la fe (¡); y aun así, los neos trinan contra esa especie de enseñanza mixta de perdillo y canario.

Quieren escuelas exclusivamente suyas, donde se realizan otros misterios, no me atrevo á llamarlos de la encarnación, que están pidiendo á gritos el fuego que abrasó á Sodoma y Gomorra.

Porque en las escuelas Viteri, á pesar del Catecismo «explicado cuando los alumnos están dispuestos á recibir», etc., no se dan misterios como en los colegios de maristas, por ejemplo.

En la Montaña, otro fundador de escuelas, pero éstas desligadas de toda religión, va dando forma real á su propósito. Y en aquel país luminoso y claro, aprovechando todos los negros resquicios, salen como alimañas nocturnas las mil variedades de enemigos que la verdad tiene, y gruñen y banean contra la enseñanza neutra del Sr. Madrazo, pues así se apellida el fundador.

La cruzada para exterminar á las escuelas laicas, racionalistas, neutras é independientes, siquiera estas últimas conserven cierto tinte religioso, está declarada y encabezada por los prelados españoles y mantenida en todos los ámbitos de la nación, á la luz, á la sombra, en masa, en pelotón ó aisladamente, por los que odian el resurgir del pueblo y quieren embrutecerle, encanallarle, hundirle en la ignorancia y la miseria.

Este es un aspecto de la gran batalla que libramos contra la reacción, quizás el más interesante de todos.

¡Pues á ellos! Golpe por golpe y herida por herida. La victoria será nuestra.

BENIGNO PALLOL

## AL QUE NO QUIERE CALDO...

Hace más de un año se fundó en la levítica ciudad de Avila un diario anticlerical: *Heraldo Mercantil*. Era un centinela demasiado molesto para la gente ensotanada; que le hizo blanco de sus tiros. El colega se defendió heroicamente, pero ha muerto.

Lo que no ha muerto ni puede morir es el espíritu libertador de sus redactores; cada uno de ellos es una página viviente que irá difundiendo por la ciudad teresiana las ideas liberales. En vez de un *Heraldo* tendrá ocho ó diez el anticlericalismo, para mayor tarea de neos y beatas.

Al que no quiere caldo la taza llena. Y que vuelvan por otra.

## Manga ancha

Todos sabemos que hay frailes de manga ancha; pero como los salesianos de Baracaldo, ninguno.

Les había subvencionado el Ayuntamiento con tres mil pesetas anuales, y, en pago, ellos matuteaban de lo lindo. Pero los cogieron con las manos en la masa, y los infelices tuvieron que pagar el séxtuplo de los derechos, habiéndoles decomisado, además, la materia fraudulenta.

Tan ancha era la manga, que se les vió el bulto. Hasta el oficio de... matutear tiene sus inconvenientes. Y en esta ocasión, me reconcilio con los consumos y con los consumidores que tienen «pupila».

¡Ojala hubiera quien pudiese decomisar todo el matute que introducen los frailes en España, el divino y el humano!

Por más que ellos mismos son matute, que ha entrado aquí sin pagar los derechos correspondientes. Y á eso se tira, á que los paguen de una vez por todas. También nosotros hemos de tener manga ancha si se tercia.

## ¡Bien trabajan, bien!

A la hora de escribir esto no tengo noticia de la sentencia recaída en un recurso de casación sostenido por los parientes de una baronesa (la de la Torre, cuyo marido fué carlista) y por unas monjas á quienes la finada instituyó herederas de todos sus bienes. Estas son aquellas famosas Hermanitas de los Pobres que hace tiempo formaban en la lista de accionistas del Banco en segundo lugar, y tenían á un ciego dando vueltas al asador dentro de una jaula para ahorrarse un perro grande.

Los legítimos parientes de la baronesa han acudido al más alto Tribunal como mejor procede en derecho, reclamando contra el incumplimiento de ciertas formalidades, y las Hermanitas han recurrido también, aunque la sentencia del inferior les había sido favorable; y han recurrido precisamente para recusar al Supremo, no aceptando su intromisión en la entrega de los bienes, ya comenzada, y que ellas querían se terminase rápidamente, radicalmente, completamente. ¡Qué desinterés tan admirable, qué desprecio de las cosas mundanas, qué concepto

tan respetuoso de la justicia tienen esas beneméritas Hermanitas de los Pobres! ¡Lo que habrán pasado hasta meterse en la casa de Poncio Pilatos, dejando á tanto Lázaro sin resucitar con tazas de caldo de gallina y á tanta Magdalena sin ocasión para el arrepentimiento!

Me alegraré de que ganen el pleito las Hermanitas, siquiera por el trabajo que les ha costado apandar la herencia, y para que no se diga que no trabajan las pobres.

## Un proceso jesuita

El proceso jesuita por excelencia es el de Beatificación de Palafox, uno de los más ruidosos que han agitado las curias y las Cortes. La historia y autos del proceso llenarían muchos volúmenes. En él el jesuitismo y los frailes sacaron todas las mañas y artes de que es capaz la Iglesia para falsear los hechos en el sentido predeterminedo. El conocimiento de los rasgos principales nos enseñará á precavernos contra tales gentes en todos los procesos en que ellos toman parte. A esta razón, doy los apuntes y notas siguientes:

#### I.—Los jesuitas hurtan y suprimen de los archivos públicos los documentos favorables á sus víctimas.

El testigo que va á deponer aquí no es un anónimo, sino un Padre carmelita de los más caracterizados de su Orden, que ejercía el cargo de Procurador de la Causa en Roma. Su carta es de fecha 6 de Febrero de 1771, y denuncia un hurto y supresión de documentos realizados por los jesuitas en los archivos de la Secretaría de Breves y de la Secretaría de la Congregación del Concilio, ambas oficinas pontificias, explicándolo en estos términos categóricos:

«No he omitido el hacer diligencias en la Secretaría de Breves y del Concilio, y los que el Siervo de Dios (Palafox) llamaba sus bienhechores (los jesuitas), como tan sagaces y tan dominantes han procurado retirar cuantas memorias podían justificar la conducta de Nuestro Venerable Señor. Me consta esto con evidencia; pero non est consilium contra Dominum.»

#### II.—Los jesuitas imputan documentos de su fabricación á personas extrañas, para perjudicar á sus enemigos en juicio, cometiendo delito de falsificación y calumnia.

Este hecho es gravísimo por la calidad del asunto, de las personas y de las formas usadas para la comisión del delito.

Necesitaban los jesuitas probar que Palafox había sido jansenista en sus afecciones y que lo era en sus escritos. Para sorprender los tribunales romanos, publicaron con el nombre del arzobispo de Utrecht una Pastoral, en la cual este obispo jansenista se felicitaba de la amistad y éxitos de Palafox.

El Decano de la Facultad de París y el padre Schiara acusaron la falsificación y superchería de los jesuitas; éstos negaron su participación en el hecho durante mucho tiempo. El general de los agustinos, P. Vázquez, en sus *Cartas inéditas* (Biblioteca del Instituto de San Isidro), explica con todos los pormenores que los jesuitas sobornaron un empleado de una imprenta para hacer imprimir y extraer los ejemplares de los talleres. El P. Nonell (*Vida de V. Pignatelli*, publicada con la autoridad de los superiores de la Compañía) celebra la falsificación, la ríe como discreta y delicada sátira y confiesa que su autor era el jesuita Le Forestier.

La comisión del delito y la apología que de él hace el P. Nonell, demuestran plenamente que los jesuitas tienen como armas delicadas y discretas la falsificación de documentos, el soborno á la infidelidad, la calumnia y la sorpresa de los jueces, negando sus delitos cuando se les requiere á responder de ellos y jactándose de ellos al creerse irresponsables.

#### Quiénes son los jesuitas en política según testimonio de la embajada de España en París.

El siguiente testimonio está extraído de los Informes secretos del Embajador de España en París, fecha 14 de Mayo de 1772. Dice así:

«Los jesuitas son corruptores de todo buen gobierno, aduladores de los grandes y de sus pasiones, promotores del Despotismo para sofocar la razón y abrogarse la autoridad; enemigos de las Leyes que se oponen á sus oblicuos designios, calumniadores de los que sinceramente aman al príncipe y al Estado; ellos ponen un cetro de hierro en las manos de los Reyes y un puñal en las de los vasallos; aconsejan la tiranía y enseñan el tiranicidio. (Cuenta dada de las Constituciones en Aix).»



## SECCION AMENA

## Un policía en el cielo

(CUENTO POPULAR INGLÉS)

I

Imposible es dar idea de la corajina que se había apoderado de John Facewt, famoso agente de policía inglés.

Era aquí un hombre que jamás había hallado dificultades para poner en claro y solucionar los más embrollados asuntos, y sin embargo, él, que había descubierto al asesino de la Meldeesnes, célebre actriz a quien se encontró una mañana con la sien atravesada de un balazo, con el arma fatal en la mano, y en su mesilla de noche una carta del amante desdenoso; él, que en el ruidoso proceso del robo de cien mil libras al Banco de Londres (robo achacado al cajero monsieur File, el cual había desaparecido al mismo tiempo que el dinero), pudo dar con los verdaderos ladrones; él, en fin, para quien los negocios más difíciles eran juegos de niños..., no podía atrapar a Alex Morrison, criminal muy conocido. El tal Morrison era más listo que el mismísimo Facewt, que es cuanto hay que decir.

Hacia tres meses que el activo polizonte estaba encargado de aquella captura, sin haberla conseguido... ¡Tres meses! Su desesperación no tenía límites; creíase ya deshonrado y hombre inútil para semejantes faenas.

Morrison no les tenía todas consigo, porque más de una vez había estado a punto de caer en las garras del infatigable Facewt; y como temía que éste le echara el guante de un día para otro, resolvió deshacerse de su tenaz perseguidor.

Al efecto, dispuso un viaje a las montañas de Suiza, y se arregló de modo que llegase la noticia a oídos de la policía, y con detalles tan minuciosos que su captura pareciese inevitable.

Facewt bailaba de contento, y provisto de los papeles necesarios, salió para Suiza, contando volver con Morrison, atado de pies y manos.

Morrison esperaba a Facewt en lo alto de una escarpada montaña de ascensión peligrosísima, y aunque había creído fácil deshacerse de aquel viejo polizonte, tuvo que entablar con él una lucha desesperada a brazo partido, hasta que cayeron ambos en una de aquellas simas inmensas...

II

Facewt llegó a la puerta del cielo y llamó con orgullosa firmeza y seguridad, creyéndose con más derecho que nadie para entrar en la mansión de los justos; pero San Pedro, que es un portero de los más escrupulosos, no quiso abrir.

—Yo soy Facewt—decía el recién llegado.—Facewt, ¿lo oye, señor?, el policía que tantos crímenes ha evitado en la tierra y que tantos criminales ha entregado a la justicia de los hombres.

—Sí, sí, sí—replicaba San Pedro,—te conozco. Tú eres Facewt, el polizonte implacable que has contribuido a que los jueces de la tierra priven de la vida a muchos de tus semejantes. Tú eres Facewt, que hace pocos momentos has despachado al infierno a Morrison, el ladrón empedernido, sin darle tiempo para arrepentirse de sus culpas...

—Pero ha sido en legítima defensa...

—Sí, sí, sí, en legítima defensa. Pero aquí no recibimos a nadie con las manos manchadas en sangre. Tienes que purificarte: véte al purgatorio.

—¿Allí right! Pero hágame usted un favor.

—¿Cuál?

—Tengo una curiosidad grandísima por conocer personalmente a Adán y a Eva; déjeme entrar un momento para verlos.

—¡Vaya una pretensión absurda! Estos seres de la tierra se creen capaces de todo. ¿Cómo vas a conocer a Adán y a Eva entre tanta gente como hay aquí? Muchos, muchísimos son los viejos y las viejas que tenemos en el cielo, y todos son parecidos, casi iguales...

—Dejaría de ser policía de la vieja Inglaterra si no diera con la pista de nuestros primeros padres.

—Sería cosa de verlo... Yo, que vivo aquí en la portería adonde todos vienen, llevo ya más de mil años sin verlos; por cierto que la última vez que se acercaron a mis dominios porteros les costó grandísimo trabajo reconocerlos... ¿y ahora vienes tú con más ínfulas que San Juan, pretendiendo encontrarlos de sopetón en cinco minutos, y sin haberlos visto nunca? ¡Quita allá, presuntuoso!

—Si yo entrara en el cielo, los encontraría—repitió el inglés.

Admirado San Pedro del aplomo de Facewt y de la seguridad que tenía de dar con los primeros habitantes del mundo, abrió la puerta y le dejó entrar.

—Espera—le dijo,—quiero ir contigo; quiero ver cómo te las compones para conocer a los primeros desobedientes.

Y llamando a San Andrés le dejó encargado de la portería.

Anda que anda, fueron pasando por entre aquella multitud de personas de todas clases. Millones de ancianos y ancianas habían visto ya, y San Pedro comenzaba a dudar de la habilidad del polizonte, cuando éste señaló a un viejecito de larga barba cana, de mirada triste y aspecto de resignación que conversaba con una viejecita de ojos vivarachos, de carácter inquieto y alegre, y que, a pesar de los años, conservaba aún rasgos de belleza incomparable.

Quedóse el portero celestial admirado; eran, en efecto, nuestros primeros padres.

—Pero, hombre prodigioso—dijo el santo,—¿cómo has podido conocerlos?

—Muy sencillamente, señor. ¿No os habíais fijado en que no tienen ombligo?

Fué a confesarse un joven que debía contraer matrimonio al día siguiente, y habiéndose

dole preguntado el sacerdote si hacía mucho tiempo que no se confesaba, contestó:

—No lo he hecho nunca.

A lo que aquél le dijo:

—Pues ahora tendrá usted precisión de confesarse más a menudo.

## La Venus y la beata

Cierta beata presentóse en un comercio, donde vio multitud de imágenes de santos en amigable compañía de algunos dioses mitológicos. Apartó de éstos los ojos con vergüenza e indignación, y pidió una imagen de Santa Rita.

No teniendo a la sazón ninguna el dueño, díjole que volviere al día siguiente y sería servida. Para cumplir lo ofrecido, cogió una escultura de Venus, la cubrió con unas estameñas, figurando un hábito agustino, le puso su nimbo y se la endosó al otro día a la pobre mujer, que quedó muy complacida del serafico estro de la santa.

Trascurrido algún tiempo, ¿cuánta no sería la sorpresa, a la par que el casto rubor de la beata cuando, al quitar los hábitos a la santa para ponerle otros nuevos, hallóse en presencia de la escultura de una mujer desnuda y de tan perfectos contornos, que para sí los hubiera querido! Indignada, iba a arrojarla al suelo, cuando la Venus exclamó:

—¡Necia! ¿A qué menospreciarme? ¿No he representado bien mi papel? ¿Qué harían contigo los que tanto te respetan, los que engañan con tus hipocresías y pujos de santidad, si supieran lo que yo he visto aquí, lo que...?

—¡Calla, calla! Te volveré a poner los hábitos.

—Es lo mejor; así ambas seguiremos engañando al mundo, puesto que ambas somos iguales: Venus pecadoras con hábitos de santas.

Y la pudorosa beata no supo qué contestar a observación tan justa.

M

## Las tentaciones

Equivocando un sendero

por ignorancia ó error,

cazando un día de Enero

se extravió un cazador.

Cerca del anochecer,

fatigado y sin aliento

fuese el hombre a guarecer

a un solitario convento.

El prior de lo hermandad,

al saber lo que ocurría,

le ofreció hospitalidad

hasta que fuese de día.

El aceptó de buen grado,

diéronle bien de cenar,

y después de haber cenado

se retiró a descansar.

refiriendo que un entusiasta cazador, uno de los días en que se echó al campo a satisfacer su pasión favorita, tan pronto como halló caza a tiro, fué a disparar y... ¡se había olvidado llevar consigo la escopeta! Pero si efectivamente el poeta se inspiró en el hecho antes referido, ó si de todas maneras creyó, para regocijar a sus lectores, darles en el cazador mencionado un colmo de distracción, se quedó muy corto, porque el del regicida es decididamente mucho mayor y más notable.

Después de todo, el desastre colonial podrá haber cogido de sorpresa a los señores del reino; pero que éste, si ellos no andaban con cautela, había de experimentar por aquel tiempo una gran catástrofe, esto debieran haberlo previsto; lo habrían previsto seguramente si no estuviesen de historia universal tan rapados como de la del propio país y de seriedad y todo lo demás que principalmente han de tener los hombres que echan sobre sus hombros la carga de gobernar una gran nación.

En efecto. El rey D. Alfonso XII, que enviudó pronto de su primera esposa, la que no le dejó sucesión, enlazóse después con una princesa de la casa de Austria, de la cual tuvo un solo hijo varón, que le sucedió, y cuya salud y robustez fueron, durante los primeros años, muy precarias. ¿Querían más los señores del reino para tener por cierto, el día menos pensado, algún desastre? Porque pase que, por aquello de *non bis in idem*, abrigasen la esperanza de que una combinación, como la indicada, tan semejante a la que en la misma España había habido dos siglos antes (Felipe IV, Ma-

Pero, apenas se entregó en los brazos de Morfeo, el ruido le despertó de un fuerte campallineo.

Los ojos volvió a cerrar, pero, a los pocos instantes, volvió a despertar los tañidos penetrantes;

y aunque el pobre se esforzaba por conciliar el sueño, la campana que sonaba hacía vano su empeño.

Cuando el sol iluminó con su luz el aposento, en la celda penetró un leguito corpulento,

diciendo:—Lamento ser con mi visita importuno, pero mi objeto es saber si queréis el desayuno.

—Servidlo cuando queráis y gracias por el favor, que vos nunca molestáis, le respondió el cazador.

Mas, decidme, hermano lego, puesto que sois tan atento, ¿han tenido ustedes fuego esta noche en el convento?

Dígame, porque he notado, desde que me fuí a acostar, que la campana ha sonado casi, casi sin cesar.

Miróle el lego asombrado

y dijo inocentemente:

—Eso que os ha desvelado se reduce a lo siguiente.

Hay colgado en la cornisa de la sala de oraciones, una campana que avisa las mundanas tentaciones, y a dicha campana están por un extremo anudados varios alambres que van a los cuartos habitados.

Cuando alguna tentación a cualquier hermano altera, toca al punto del cordón que toca en la cabecera,

y al escuchar los hermanos que la campana se agita, rezan, cual buenos cristianos, por el que lo necesita.

—Vamos—dijo el cazador; pues, por lo que se ha observado, el demonio tentador esta noche ha trasnochado.

—Pues mire—repuso el lego; en este tiempo la esquina, le aseguro desde luego, que es cuando está más tranquila.

Y si en tan poco repara hermanito, ¡qué dijera si una noche aquí pasara en tiempo de primavera!

ANDRÉS TORRE

(FOLLETÓN 35.)

## LA MONARQUIA ESPAÑOLA

POR

OFFENBACH

la noción de lo que es propio y no lo es en asuntos de Estado y de gobierno, y por esto entendían que noticias de aquella índole é importancia, así fuesen tan halagüeñas como eran, deben ser primeramente comunicadas en el lugar y a las personas ó funcionarios a quienes corresponde, y no lanzadas a la publicidad en una francachela y ante un coro de mujeres.

No es difícil, por tanto, calcular lo que los señores del reino en aquella época habrían hecho con el pequeño ministro que hizo con el cablegrama del almirante Cervera lo que en el capítulo XVI dejamos referido.

Cambiemos ahora de asunto, esto es, dejemos lo que podemos llamar sentimiento del deber, y vamos a otro más alto todavía, al sentimiento de humanidad ó de justicia, para que se vea cómo lo entendían los señores del reino antiguamente y cómo lo entienden los actuales, para lo cual retrocederemos a los buenos tiempos del poderío español, a los del celeberrimo emperador Carlos V.

Acompañado de lucido séquito iba una vez el emperador por un camino de Suavia, cuando halló el paso interrumpido por un carro que adelantaba en la misma dirección, pero muy despacio. El monarca dijo al carretero que anduviese

más vivo, de lo cual el carretero no hizo caso ninguno. El emperador se impacientó, dirigió alguna palabra fuerte al tosco hombre de campo, y entonces éste, sin más ni más, alzó el brazo, y con el látigo cruzó el rostro imperial. ¡Delito de lesa majestad! Más todavía: ¡sacrilegio! Pena de muerte; esto no había que decirlo. Sin embargo, esta pena no llegó a tener ejecución, porque el delincuente fué indultado de ella ¡por intercesión y a ruegos de los señores españoles del séquito del emperador! Así lo hace constar la historia del suceso.

Vengamos ahora a estos tiempos, es decir, a los de Alfonso XII, que aún eran de alguna más seriedad y humanidad que los presentes.

Contra aquel rey hubo dos atentados, los cuales, afortunadamente, no llegaron a causarle el menor daño. Y, cuando menos, de uno de ellos se comprende que no era fácil que se lo causase, porque, según reza uno de los resultandos ó considerandos de la sentencia (de muerte, como el lector supondrá), el delincuente era regicida tan empedernido y ciego, que ya una vez en Zaragoza había querido realizar su criminal propósito, sólo que, al echar mano al arma fatal, halló... ¡que se la había dejado por olvido en casa! Alfonso XII no necesitó que nadie le rogase nada; él fué quien manifestó deseo de indultar de la última pena a aquel mentecato; pero los que podemos llamar señores españoles del séquito de S. M. se opusieron, y hubo ejecución.

Pudiera creerse que en este hecho se inspiró un notable ingenio de aquel país para escribir, con el título de *La cabeza a pájaros*, donosísima fábula en verso



# LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

EL NUEVO MACABEO

Cobarde como todos los malvados, nunca atacaba sino sobre seguro; evitaba todo combate, pero no perdía la ocasión de caer sobre algún destacamento pequeño y aislado como la fiera carnívora sobre el rebaño indefenso.

Su sed de sangre era la sed que han sentido todos los que han tomado en todos los tiempos la defensa de la religión como pretexto para satisfacer sus instintos perversos.

Con el tonsurado Santa Cruz se vio el crimen elevado á institución, como lo estuvo en la primera guerra con el conde de España, Cabrera y casi todos los cabecillas que pelearon á la sombra de la sangrienta bandera de *Dios, Patria y Rey*; como lo había estado antes, desde el 14 al 20, y del 23 al 33, épocas que también reseñaré, no sólo para que la regeneración presente ame, respete y conserve la libertad sabiendo lo mucho que ha costado conquistarla, sino porque son iguales la tendencia, el procedimiento y los fines que la reacción perseguía en las luchas citadas, á las del 33 al 39 y el '72 al '76; la misma que ahora persigue.

Al reseñar los hechos de los grandes malvados que se llamaron, conde de España, Cabrera, Saballs, Rosa Samaniego, Santa Cruz, Cucala, y tantos otros que adquirieron terrible renombre en sus luchas contra la libertad, queda patentizado el espíritu de la reacción que ellos y sólo ellos encarnan lógicamente, por más que sus partidarios propalen que sus crímenes fueron puramente personales. No; los crímenes de la reacción, cométalos quien quiera, son la reacción misma.

Santa Cruz fué un bandido que si de mil vidas hubiera dispuesto, y todas las pierde en la horca, no habría comenzado aún á saldar sus cuentas con la justicia; y no obstante, resulta un hombre casi honrado, si se le compara con D. Carlos.

Perturbado, loco, empuñadas en él todas las cualidades nobles del hombre por el vapor de la sangre, con sus ferocidades de tigre y sus instintos de hiena, resultaba grande en lo monstruoso al lado de aquel Pretendiente infame y corrompido, y aquella corte de aventureros que hacía de la inmoralidad un medio de vivir y del rebajamiento una profesión.

Otra ventaja tiene Santa Cruz sobre don Carlos. Bien porque se hiciera cargo de su situación, bien porque sintiera remordimientos por sus crímenes, parece haber caído en la tumba; en tanto que su congénere, no sólo se exhibió en todas partes y se jactó de haber derramado sangre española, sino que se preparaba á verter mucha más. Por esto el aventurero de tronos es más execrable que el cura sanguinario: éste es el efecto; aquél la causa.

## CONCLUSIÓN

¿Que á dónde fué después de la guerra ese canalla, ese asesino, deshonra de la especie humana? Se acogió en un convento de jesuitas en Lille ¿dónde mejor? Desde allí pasó á América.

Hace años se dijo que se había presentado á nuestro cónsul en la Jamaica, donde residía, suplicándole que preguntase al gobierno si estaba él comprendido en el decreto de indulto de Diciembre de 1885, y que la causa y justicia había pasado al ministerio de Gracia y Justicia. Entonces escribí:

«Volver á España ese asesino? No hay gobierno que pueda autorizarlo. Ni el más reaccionario; ni el más inmoral. Sería escupir inicuiamente sobre la tumba de las innumerables víctimas de ese bandido, insultarlas, escarnecerlas; dar un bofetón terrible á todos los que se batieron contra las hordas carlistas.

¿Cómo! Aquí, donde se ha fusilado por cuestiones políticas á hombres cuyas manos estaban limpias de sangre, honrados y dignos, ¿se iba á consentir que ese miserable viviera bajo el amparo de la ley? Imposible: hasta las piedras se alzarían contra el que se atreviese á proponerlo. Entre ese criminal tonsurado y España hay una montaña de huesos humanos y un mar de lágrimas y sangre.»

Desde la fecha en que esto dije no he vuelto á saber de ese tipo ideal del carlismo, protegido por D. Carlos y admirado por la mayoría de sus correligionarios.

No desconfío de leer algún día la noticia de que ha muerto, cual murió el cura de Flix, su correligionario en profesión, carlismo y asesinatos: como un santo.

No; que no traten los carlistas de rechazar al cura Santa Cruz; ese bandido les pertenece todo entero, porque compendia y encarna lo que son y lo que defienden.

No pueden, no, rehuir la complicidad con él. Santa Cruz es una gloria suya, como el Conde de España, como Cabrera, como Saballs, como Cucala, como Rosa Samaniego, como Jergón. En la inmensa galería de criminales que pueden exhibir, ocupa puesto preeminente.

¿Que al final lo combatieron y anularon? Si; mas no por ladrón, asesino é incendiario, sino porque desobedeció á D. Carlos y á sus generales, porque hacía la guerra por su cuenta, porque temieron que se sobrepusiera á todos.

Mientras se limitó á asesinar liberales indefensos ó soldados prisioneros, ninguno de ellos tuvo para él una palabra de indignación ni de suave reproche siquiera. La prensa carlista llevó su cinismo hasta calificarle de moderno *Cruzado*, de nuevo *Macabeo*. Amplió su esfera de acción, y entonces cayeron en la cuenta de que era un bandido. Lo era efectivamente, mas no estaban los carlistas autorizados para calificarle de tal.

Todo cuanto Santa Cruz hizo encajaba perfectamente en su credo; mejor dicho, *era el credo entero*; y la tradición además. Desde 1827 acá, el carlismo ha obrado siempre como ese cura. Por esto hay que repetirlo: inutilizaron á Santa Cruz á pretexto de que desobedecía á D. Carlos, cuando era el que mejor secundaba sus miras. ¿Pruebas? Allá van algunas:

El 1.º de Agosto de 1872 escribía D. Alfonso al titulado general Ceballos: «Carlos escribe que, respecto á la guerra sin cuartel, si el caso la hace necesaria, se debe dejar hacer.» ¿Y quién mejor que Santa Cruz, cumplió este deseo de D. Carlos? ¿Qué otra voz se puso más al unísono con la de su rey?

Ningún carlista puede tirarle á Santa Cruz la primera piedra; cuál más, cuál menos, todos tienen responsabilidad en sus crímenes. El mismo Lizarraga, devoto antes que militar, que tanto se indignó contra él cuando le negó la obediencia, ¿podía ni debía hacerlo? No. El documento siguiente, incubado por aquella fecha, se lo impedía:

**Dios, Patria y Rey.**—COMANDANCIA GENERAL DE NAVARRA Y PROVINCIAS VASCONGADAS.—Instrucciones que para el levantamiento de Castilla la Vieja en favor de S. M. el Rey (q. D. g.) y de nuestra santa Religión, deberá seguir el Excmo. Sr. Comandante general de Palencia, Zamora, Salamanca y Avila.

1.º Llevar á debido efecto la recluta de los mozos de los pueblos pequeños, según la relación dada por los señores Párrocos con fecha 15 del pasado Junio, remitida y visada por esta comandancia, mandándoles acudir secretamente á los puntos designados, y especialmente en los inmediatos á aquellos que hubiere armados un corto número de voluntarios de la república.

5.º Podéis contar entre el número de los conspiradores, por haber resultado de sus antecedentes aptitud para ello, á los individuos que expresa la adjunta relación. Del resto de los de la que remitió V. E. no han llegado antecedentes.

6.º Conviniente á los intereses del Rey nuestro señor (q. D. g.) obrar con actividad y energía, llevará V. E. á debido efecto, en cuanto sea posible, la secuestración de los jefes rebeldes y liberales sacrilegos incluidos en las relaciones que están en poder del Ilmo. Sr. D... y la de los malditos fracones, que entregará á V. E. la comisión interina de Inquisición, compuesta de los Ilustrísimos señores (aquí los nombres.)

7.º Debiendo juzgarse las ofensas hechas al Altísimo, á nuestra Santa Religión, y al humilde siervo del Señor, S. M. nuestro amado Rey D. Carlos VII, la sangre y el exterminio de los herejes y enemigos nuestros será recomendable á nuestro servicio.

V. E. quedará encargado como jefe supremo en cuanto me comunique la ejecución de los actos preparatorios tan necesarios para nuestro objeto.

Campo de honor 11 de Septiembre, 1873 de N. S. J.—De O. de S. M.—El secretario general, R. 7.º 2419 II.—Hay una rúbrica.—El comandante general de Navarra y Provincias Vascongadas, Antonio Lizarraga.—Hay una rúbrica.

Ese documento, que desmiente á los que niegan que el carlismo sea la Inquisición, justifica completamente á Santa Cruz. Publicado por D. Carlos y refrendado por Lizarraga, ¿qué carlista le negará autoridad? ¿Y qué se dice en él? Que los párrocos

están á la devoción del carlismo. Que debe secuestrarse á los jefes rebeldes y liberales sacrilegos (lo que hacía Santa Cruz); que tenían ya la relación de los malditos fracones, (para asesinarlos como Santa Cruz); y que la sangre y el exterminio de los herejes y enemigos era recomendable al servicio de D. Carlos; (en suma, lo que realizaba Santa Cruz).

Ese documento es más infame, cruel é inhumano que todos los actos de Santa Cruz, pues que ordenaba imitarle; siendo á la vez demostración clara de que, si el carlismo triunfara, superaría los horrores de la terrible década del 23 al 33.

Para concluir.

Santa Cruz representa cual ningún otro el espíritu carlista, y por esto sus jefes callaron hasta que se atrevió á decirlo. Ni un obispo condenó su conducta, ni un clérigo protestó contra ella; lo consideraban dentro de la más pura ortodoxia absolutista. No se hubiera sublevado contra los suyos, y habría podido hacerse recomendable á D. Carlos, á Lizarraga y demás asesinos de abolengo *veriendo la sangre* y procurando el *exterminio de los herejes*.

Reconozcan, pues, los carlistas, como gloria propia, legítima é indiscutible, al incendiario, ladrón y asesino Santa Cruz. Sus infamias, sus crueldades y sus crímenes no le pertenecen. Pertenecen á su partido.

## Saballs

En varios lugares hablo de las ferocidades de Saballs, de sus robos, de sus infamias de todo género, comprobadas por documentos de sus propios correligionarios. Sin embargo, como repartía (él lo dijo varias veces) el producto de sus robos en la corte de Estella, no sólo tenía carta blanca para hacer cuanto le diese la gana, sino que D. Carlos lo nombró teniente general, le dió un título, le concedió cruces, y lo hizo todo, menos lo que ninguno de ambos era: caballero, persona decente.

### SUS ANTECEDENTES

El 7 de Junio de 1850 se publicó la sentencia del juez de primera instancia del partido de Ribas, condenando á Francisco Saballs, en ausencia y rebeldía, á la pena de cadena perpetua y á la restitución de cantidades robadas en Ripoll, á saber:

A Pedro Angelats 15 duros por una parte y 1.424 reales por otra, del valor de los 228 paquetes de cigarros que se llevó de su casa; á D. Manuel Mirapeix la cantidad de 400 reales, y á D. Mariano de Oriola Cortada la de 925 onzas de oro que le fueron exigidas por su rescate.

El 24 de Diciembre del mismo año se publicó la de la Sala primera de la Audiencia, en consulta de la proferida por el juez de primera instancia del partido de Ribas, revocándola y condenando en ausencia y rebeldía á Francisco Saballs y Massot á diez años de presidio con retención, á la restitución de lo robado y al pago de costas, mandando además al juez de Ribas que desde luego solicitase la extradición del procesado por conducto de la Sala primera.

Además de esa causa, Saballs tenía otra pendiente en el juzgado de Vich, por asesinato de dos infelices soldados heridos que se hallaban en un mesón de las cercanías de aquella ciudad, siendo condenado por sentencia ejecutoria á quince años de presidio.

Como se ve, el marqués de Alpens, que llevaba el pecho lleno de cruces y medallas, había sido procesado y condenado á penas graves por los tribunales civiles como ladrón en cuadrilla, secuestrador y asesino. Esto le dió la aptitud necesaria para figurar entre los defensores de Dios, la propiedad y la familia, que se mostraron orgullosos de contar con su ayuda, y de que D. Carlos le otorgase su amistad y confianza.

Ni por su valor, ni por sus sentimientos, ni por su inteligencia merecía Saballs haber llegado hasta donde llegó. El antiguo soldado del Papa, pues lo fué, no tenía condiciones ni para ser un mediano subalterno; pero como en el carlismo la crueldad y el crimen son las mejores recomendaciones, y él era cruel y criminal sobre toda ponderación, de ahí su rápida carrera y su popularidad entre los que le seguían.

Con tales antecedentes, nadie extrañará que dictase bandos como este:

«Don Francisco Saballs, marqués de Alpens, mariscal de campo de los reales ejércitos, comandante general de las provincias de Barcelona y Gerona, caballero gran cruz de la orden americana de Isabel la Católica etcétera, etc.

Ordeno y mando:

Artículo 1.º Quedan terminantemente prohibidos la circulación y venta de los periódicos liberales de todos colores.

Art. 2.º La infracción del anterior artículo se castigará con multa de 2.000 á 4.000 duros á los impresores; de 500 á 100 á los administradores de Correos; y á los particulares á quienes se encuentren periódicos liberales, se les exigirá una multa de 100 á 1.000 duros.

Los corresponsales y redactores prisioneros ó detenidos serán castigados con multa de 100 á 4.000 duros, y en caso de reincidencia serán sometidos á un severo consejo de guerra (Oficial).»

Se comprende que Saballs sintiera hacia los periodistas odio tan grande: habían publicado la sentencia en que los tribunales de justicia le condenaban por *ladrón en cuadrilla y secuestrador*.

### SU ILUSTRACIÓN

De su ilustración no hay para qué hablar; da una idea de ella la alocución que en 1872 dirigió á los sargentos, cabos y soldados del ejército liberal, llamándolos á defender á D. Carlos y ofreciendo 80 reales al que se le presentase con armas. Decía textualmente: «Algunos lustros más, y el apático ó el seducido morderán el polvo de su apático remordimiento, por no haber secundado el noble y generoso movimiento de los verdaderos españoles.»

El futuro general calificaba de días á los lustros; es decir, que para él cada día se componía de cinco años. ¡Ni el propio don Carlos!

### SU MORALIDAD

Su moralidad coincidía en un punto con la de su rey y con la de D.ª Blanca, aquella que calificaba de *expansión* de sus voluntarios el acto de violar y estuprar. Saballs decía á sus cañes cuando entraban en las poblaciones: «Muchachos; *divertiros* haciendo carlistas.»

Por esto, y por dejarles robar y asesinar, llegó á ser el ídolo de los suyos, hasta el punto de que, cuando á su vuelta de Francia se presentó en San Quirce hallándose allí los hermanos de D. Carlos, á quienes no se había victoreado, recibió una ovación que para él la hubiera querido su rey.

Era tan canalla, que después del fusilamiento de 189 prisioneros de la columna Nouvilas, mandó emborrachar á los restantes, darles dinero y ofrecerles un porvenir en las filas carlistas á condición de que habían de asesinar á sus oficiales; proponiéndose con esto robustecer sus filas con un gran número de hombres imposibilitados en absoluto de presentarse al gobierno constituido, fuese el que fuese.

El plan no pudo llevarse á cabo por haberse presentado Miret diciéndole á los prisioneros que estaba concertado su canje, lo que no era verdad. Aquellos infelices continuaron prisioneros hasta 1875, sufriendo trabajos y penalidades increíbles, sin querer confundirse con tales bandidos.

«Bajo su mando (conste que habla un carlista) Cataluña fué un presidio suelto. Las personas más distinguidas auguraban desastres... Se presentaba al ejército desorganizado por su indisciplina y desmoralización, negándose capacidad á su jefe; la política convertida en una terrorífica dictadura, ejercida cínica y escandalosamente; la administración económica convertida en organizado latrocinio, y bajo el punto de vista moral, la blasfemia, el robo, el asesinato, la violación, el adulterio y la impiedad, bajo todos sus aspectos llevada al cinismo y paseada en triunfal escándalo desde las villas y los pueblos hasta las más solitarias cañías.»

Carta de su puño y letra:

«RESERVADO.—Primer es apoderarse de Olot. De orden del serenísimo D. Alfonso de Borbón y de Este, el día 26 diciembre que es despues de Nadal á las cinco de la mañana se ha tocar á sematen y pena de la vida se han de alzar todos les pobles y homas y con armas de todas clases. ¡Abajo el extranjero!—El general Saballs.»

Don Juan Vidal de Labotera é Iglesias, carlista también, escribía:

«Desde el último aferez que manda una ronda, hasta el capitán general, todos están autorizados para cobrar contribuciones cuyos fondos nadie sabe cómo se invierten, entre quienes, ni para qué sirven: cinco arrobas de oro parece que recogió cierta expedición al Ampurdan, y á los dos días siguientes se debían á las fuerzas reales de 25 á 30 socorros á cada soldado.»

Otro carlista de gran autoridad, decía de Saballs:

«Ha llevado á cabo heroicas empresas, con la astucia de hacerse propios algunas veces lauros ajenos y echar á otros la culpa en los pocos descalabros que ha tenido. Eso, el miedo que ha infundido con algunos actos bárbaros; el afectar una protección que ni de

(Continuará.)

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31